

Cuadros

V - VI - VII - VIII

II

Los Descubridores

Alonso de Ojeda.

Cuadros historico-novelliscos.
Siglo XV.

2.

FS
030

retirarse á gozar de algunas horas de sue-
 ño despues de haber dejado sentinelas en
 las partes más débiles de los muros y pali-
 zadas. Era tal la fatiga que sentia aquel
 hombre que jamas dejaba ver debilidad
 en su cuerpo ni en su espíritu, que ape-
 nas se hubo reclinado en su duro lecho
 se quedó profundamente dormido. Dur-
 mió así algunas horas con aquel sueño
 hermano de la muerte pero que da la vida,
 hasta que ya cerca de la madrugada un
 aire fresco y perfumado que entraba por la
 claraboya de la torre vino á bañar su fren-
 te y producir en sus sentidos aún em-
 bargados una sensacion de bien estar
 que avivó su imaginacion: creyó desper-
 tar con el sonido de una voz que le lla-
 maba tenue y suavemente: pero aún ni
 despertaba, y de nuevo oyó la voz que le
 sonó como una música celestial; trató
 de incorporarse y pareciendole que abria
 los ojos miró en torno suyo... cuál sería

TSAS
030

1962

su sorpresa al encontrarse no en la triste y desmantelada torre de Santo Tomás sino en una capilla esplendidamente aderezada: ricas alfombras entapizaban el suelo: grandes y hermosos cuadros de pinturas cubrían los muros, y sus marcos dorados bullaban iluminados por la luz de una lámpara de plata que pendía del techo. Al frente estaba un altar y sobre él una imagen de la Virgen que salía por momentos de las tinieblas y otras desaparecía enteramente ofuscada por ellas: al pie del altar notó un bulto como de persona que lo hizo estremecer porque era lo único que manifestaba vida en medio del silencio de la espléndida capilla, para él absolutamente desconocida. El misterioso bulto aparecía enteramente envuelto en un velo que lo cubría y arropaba cual mortaja, pero se traslucían sus facciones como iluminadas por una luz interior, y aquellas facciones eran las de su ausente e

idolatrada Maria. Ojeda quiso hablar pero no pudo sacar sonido alguno de su seca garganta y quedo se absorto y extatico contemplando la extraordinaria vision.

- Alonso! tornó a decir la voz de enantes, pero no pudo distinguir si salia de la imagen del altar o de la postrada figura; Alonso, decia, yo pienso en ti.... no me olvides nunca.....

- Maria, Maria! articuló por fin Ojeda con trémulo acento.

- Alonso! continuó la voz, grandes peligros te cercan; pero si no me olvidas los vencerás: no morirás de heridas ni la fuerza de los naturales te haran mella, pero te anuncio que otro peligro peor....

En este punto un sordo estruendo, que para Ojeda fue como un sacudimiento espantoso que conmoviera la torre y la portallera le despertó de súbito, y dispadas las sombras del sueño, se arrojó fuera de la cama

198
04

percibiendo que el extraordinario ruido lo causaban la guarabara de los indios y los millares de flechas disparadas contra el fuerte, rodeado y asaltado por un muchedumbre de salvajes aprovechándose del aparente descuido de los sitiados.

Armose prontamente y acudio a enturbiar la tropa con su heroico ejemplo. Los salvajes fueron rechazados valientemente y huyeron en breve desprovistos a refugiarse detras de los bosques y breñas que los amparaban.

Despues de atender a la composicion y al ajuste de las palizadas que habian sufrido en el ataque de los indigenas, y una vez que hubo distribuido la triste pitanza del dia entre su tropa, sin dejar para él cosa alguna, púsose a reflexionar en la extraordinaria vision que habia tenido, tan malamente interrumpida por el ataque, y figurósele que el peligro que le anunciaban no podia ser otro que el hambre

cuyo agujon comenraba a sentir, puesto que casi no habia atravesado un bocado de alimento desde el dia anterior.

- Virgen santisima! exclamo arrodillandose ante la imagen, concedme la muerte en el campo de batalla, y librame de morir oscuramente a poder del hambre tormentosa!

Pasó largo rato orando, hasta que le interrumpió la llegada de varios oficiales que entraban a anunciarle el regreso del indio amigo que habia enviado con mensajes al Almirante, pidiendole socorro. Las cartas de Colon prometian auxilio pero no tan pronto y exortaban a la guarnicion de Santo Tomás a que se mantuviera firme en el entretanto.

Cuando hubo acabado de leer los mensajes Ojeda el indio dobló una rodilla y humildemente le presentó lo unico que habia podido traer para su capitán: dos tortolillas vivas, que, dijo el fiel indigena podian ser

-vire

para una comida.

Despedido el mensajero, uno de los oficiales dijo, mirando con ojos de hambre los pájaros que el indio había dejado atados en el suelo.

- Llevaré las tortolas al cocinero para que os las adobe, y os proporcione un razonable almuerzo.

- Y por cierto que le vendrá muy á tiempo, pues me han dicho que la ración que le toca al Capitán la distribuye diariamente entre los más necesitados; añadió otro de los oficiales.

- No os cuideis de mí, dijo el jefe con una desmayada sonrisa; yo no padeceré hambre.

- Ah! eso no puede ser, repuso otro, y vuestra abnegación es mayor de la que os impone vuestro cargo!

- Ea! al fogón con ellas, prorrumpió el primero.

- Alto! exclamó Ofeda, - es mejor que partais las tortolas entre vosotros.

— Señor Capitan, dos aves como estas divididas en ocho partes; qué pueden aprovechar? mientras que a vos....

— No, no.....; con que me creis tan egoista que mientras me harto vosotros ayunos y necesitados me mirais comer? no tal, y antes que tal suceda prefiero devolverles su libertad....

Dicho esto levanto las tortolillas, les solto' las ataduras y poniendolas en la orilla de la clara boy a las dejó en libertad. Las aves al verse libres abrieron las alas y se alejaron volando con direccion a los lejanos cerros.

Admiraron los oficiales la abnegacion y noblera de caracter de su jefe, quien con actos como este se granjeó de tal manera el amor de los suyos que todos ellos habrian dado su vida por él sin vacilar. Sin embargo ninguno sabia cuanta habia sido en realidad su abnegacion, puesto que tenia la conviccion de que el peligro que le amenazaba

era el de morir de hambre, y que en el primer momento habia visto el regalo de las tortolas, como un socorro enviado por milagro de la Virgen que le protegia. Asi son en la mayor parte juzgadas las acciones de los hombres: nadie conoce que las causa e inspira ni de que secreto impulso provienen.

Los temores de Ojeda fueron sin embargo infundados por entonces, porque, ^{y como} Caoná bo hubiese agotado su último esfuerzo en el ataque de aquella madrugada, viendo que sus mejores guerreros habian muerto miserablemente en inútiles repriegas con los españoles y que los demas estaban desalentados y sin deseo de seguir adelante una empresa en que nada adelantaban, decidió levantar el sitio y retirarse a su hogares a concertar algun plan mejor organizado que le diera probabilidad de triunfar de tan testaduros enemigos. Pero antes de alejarse, - con el noble desinterés que

distinguió siempre á este cacique, - envió de-
-cir á Ofeda que jamás había admirado á
ningun hombre como á él, y que aunque
no dejaría de ser su implacable enemi-
-go no podía ménos que elogiar sus proe-
-zas, su bizarría y grande ánimo, ni con-
-sentir en que el hambre le venciera y no
las armas, por lo cual le enviaba los basti-
-mentos que á él le sobraban.

V.

El pueblo residencia ordinaria del po-
-deroso cacique Caonabo estaba situado en
el centro de la isla y á distancia como de
60 leguas de la Tababela. Rodeabanla al-
-tos peñascos, corpulentas montañas y sel-
-vas interminables, por entre las cuales
Caonabo había abierto veredas y senderos
en que tenía escalonadas sentinelas y vi-
-gias, por lo cual vivía seguro de que has-
-ta aquel punto no podían llegar sus e-
-nemigos sin ser descubiertos.

El espíritu de independencia del cacic-
-que era superior à todo otro sentimiento, y
no podia sufrir que en sus tierras ni en las
de los demás caciques se hubiesen enseñorea-
do los insufribles y crueles extrajeros; - así
inspirado por su natural audacia y ayu-
-dado por la valiente Anacaona formó en
breve una liga ofensiva y defensiva contra
los españoles, haciendo parte de ella todos
los jefes indigenas de la isla. La intencion
de Caonabo era caer al mismo tiempo y
el mismo dia con todos sus coaligados so-
-bre la nueva ciudad y sobre los fuertes de
la Concepcion, la Magdalena y Santo
Tomás y no dejar un solo español vi-
-vo en todo el territorio de Haití. Para
llevar à cabo esta audaz empresa solo se
aguardaba la llegada de ciertos emisa-
-rios del cacique que vivia más lejos para
con ellos señalar el dia de las proyectadas
Vesperes Sicilianas indigenas.

Una hermosa tarde de diciem-
-bre

hallábase Caonabo recostado, muellemente en su hamaca refiriendo á su esposa favorita las maravillas que habia visto en los alrededores de la Isabella, hasta cuyas puertas habia logrado llegar ocultamente, con el objeto de descubrir la manera más fácil de asaltar la nueva ciudad española. Describía entre otras cosas el asombro y el encanto que habia experimentado con el sonido de la campana de la Iglesia, cosa que suspendía y entusiasmaba más que todo á los indigenas de aquella isla, hasta el punto de que muchos arriesgaban su libertad y su vida solo con el objeto de acercarse al lugar en que sonaba para ellos la música más sorprendente y maravillosa del universo: creían que la campana era un presente divino, obsequio del Dios de los blancos, y que no podia haberse fabricado sino en el cielo y por mano de seres sobrenaturales.

- Ah! decía Anacaona, cuanto diera yo por oír era música que decís!

- Eso lo lograremos tal vez, - pero no sé cómo la tocan y si sonará como en nuestro poder que en el de los forasteros.

Interrumpió la plática de los dos esposos un mensajero que llegaba del confín de la montaña con el aviso de que se acercaba un destacamento español!

- A atacarnos? pregunto Caonabo incorporándose.

- No; vienen en son de paz, y han dicho por medio de los intérpretes que desean tener una conferencia contigo, señor, trayendo además obsequios de consideración.

- ¿Cuántos son? repuso el Cacique.

- Diez hombres y un jefe: el mismo que defendió la fortaleza de Santo Tomás.

- ¿El que llaman Gueda?

- El mismo.

- ¡Qué fortuna! exclamó Caonabo; ¡lo que deseaba tanto ver a este hombre de cerca!

- Y permitirás que llegue hasta aquí? preguntó Anacaona; no tienes alguna falsia de parte de los españoles en las presentes circunstancias?

- ¿Qué podemos desconfiar de once hombres cuando tengo aquí reunidos más de cinco mil guerreros? Admirame la grande alma y noblera de estos hombres que vienen à librarse en mis manos atenidos à mi generosidad. Corre, añadió, dirigiendose al mensajero, di que les dejen pasar inmediatamente y los reciban como si fuese yo mismo el que llega.

Apénas hubo partido el ájil enviado de los vigias que guardaban las selvas cuando Coonabo mandó que se preparasen à recibir à los españoles con todo el boato de que podia disponer su desnuda magestad. Conforme à sus órdenes salieron en primer lugar con sus mejores atavios, es decir plumajes y pinturas, los principales cortesanos y habitantes del pueblo con

antorchas encendidas en las manos, pues ya había llegado la noche: seguíanles una comitiva de treinta mujeres de la casa real vistosamente aderezadas con delantales de algodón bordados de varios colores, y anchos brazaletes de conchas y semillas relumbrantes, coronas de flores sobre el cabello caído por la espalda y en las manos instrumentos músicos las unas y palmas y ramos floridos las otras.

Admiróse Ojeda al ver llegar por entre los árboles al acercarse al pueblo una procesion tan imponente á la par que extraña, y como le dijera el intérprete que aquello se hacia para dar honor á los huéspedes, echó pie á tierra con sus compañeros en señal de respeto, y avanzó por la vereda seguido de los demas españoles.

Al llegar á cierto punto se detuvo la procesion á uno y otro lado del camino y se adelantaron las mujeres cantando y danzando, yendo á depositar al pie de Ojeda las palmas que llevaban en señal de paz y

bienvenida, y lo condujeron a la presencia de su Cacique. Aguardaba este a su huésped a la puerta de su casa, que era la mas grande del pueblo, temiendo a su lado a su muger favorita, la guerrera Anacaona. Ambos recibieron a los españoles con una natural cortesania, que hubiera hecho honor a principes civilizados, y los llevaron al lugar en donde tenían preparado un banquete. Caonabo que no se habia pintado para aterrar, como lo hacia cuando entraba en campaña, no parecia tan fiero como le habrían visto antes los españoles, y esta circunstancia, unida a su deseo de agradar a Ojeda y a la dignidad de su puesto, le hacian muy afable con sus enemigos.

Anacaona, cuya bellera resaltaba sin necesidad de atavios, la acrecentó con las usuales galas de su clase. Vestia un fal-don ricamente bordado que le caia hasta las rodillas, muchos sar-tales de cuentas y perlas, y raras plumas sobre el pecho, una quirmaldea de

de flores rojas y blancas en torno de la cabeza
 è igual adorno en los brazos y tobillos, - Anacaona,
 que era era poetisa y se acompañaba
 con un instrumento hecho con la punta de
 concha de un quilomano que llamaban jí-
 cotea, especie de tortuga pequeña, canto
 varios areytos (1) unidos compuestos por ella
 misma, en tanto que otras indias danza-
 ban à la luz de la luna en la plaza
 del pueblo, formando coro al acompasado
 ruido de varias conchas que adornaban
 sus cuerpos.

Terminado este poetico saludo de bien
 venida que recordo à Ojeda lo que habia
 oido decir de los antiguos griegos, y antes de
 retirarse à las hamacas que les habian
 preparado en una casa grande que pusie-
 ron los indios à su disposicion, suplicó
 al cacique que le permitiera tener con él u-
 na conferencia para la cual traia intér-
 pretes.

(1) Cantos y baladas propias de los indigenas
 de Haití y de Cuba.

Despues de los cumplimientos del caso por uno y otro lado, Ojeda le manifestó que venia á las tierras de Caonabo como embazador de su jefe el Almirante Cristobal Colon, y el objeto de invitarle á que le hiciese una visita en la Isabela, y asi cara á cara hacer las paces con él y con todos los habitantes de la isla, de quien el Caonabo, era el nato jefe, segun comprendian los españoles.

Caonabo contestó con dignidad que él tendria mucho placer de ver al Guaninimi (asi llamaban los indigenas á Colon) y que no se oponia á que le visitase personalmente si lo tenia á bien, asegurandole que seria recibido lo mejor posible en sus Estados, pero que él no tenia porque salir de su territorio para buscar una amistad que no necesitaba.

Ojeda entonces no insistió en su invitacion manifestando al cacique que daria parte de su contestacion á Colon, y

púsose á hablarle de las maravillas que tenían los españoles en la Isabela, - hasta que el cándido salvaje le dijo que lo único que deseaba ver era la campana cuyo sonido le habia encantado, añadiendo que por poseerla haria cualquier sacrificio.

Conriose Ofeda al descubrir que aquel era el lado débil de Caonabo por el que podia cautivarlo, y así dijo cómo al descuido que cabalmente Colon habia intentado obsequiarle con aquel objeto si el Cacique le daba á entrar como amigo á la Isabela, y además le enseñaria las misteriosas palabras que habia de pronunciar para que el instrumento produjese el sonido armonioso que le encantaba, sin las cuales la campana permanecia muda é inútil.

Dejandole bajo esta impresion el español se retiró á dormir y Caonabo á dar parte á Anacaona de las palabras del huésped, pasando largas horas en deliberar sobre lo que

harían para conseguir tamaño dicha, pues según había entendido el Cacique nada obtendrían con robarse la campana si no salían las palabras que la harían sonar.

Al día siguiente el Cacique mostró á su amigo Ojeda las curiosidades y grandezas de su pueblo, llevándole (favor que no prodigaba) al templo del Teme, dios Tutelar de la tribu, alojado en una casa bastante espaciosa y puesto sobre una especie de altar de madera: era de piedra y toscamente labrado, según se manifestó al descubrirlo; favor señalado que hizo á Ojeda relajando la severidad de sus ritos, por que era de mal agüero que una persona de otra tribu ó nación contemplara el Teme de Magnana descubierto.

Además de este idolo adorado por la tribu en comun, cada familia tenía un teme particular que era el patrono de la casa. El Cacique poseía tambien tres piedras maravillosas ó talismanes que pres-

- Tabu

por favor á sus subditos como eficaz me-
dicamentos tambien como preservativo
cuando les amenazaba algun gran riesgo.

Para el cuidado del Templo habia va-
rios Butios ó sacerdotes, que llevaban el
cuerpo pintado con la imagen del reme,
y ademas de este empleo y el de presidir
las ceremonias religiosas eran los médicos
natos de la tribu.

El cacique no debia nunca morir de
muerte natural; y para esto los Butios
tenian la mision de ahorcarle cuando en-
fermo, agonizaba, en tanto que la chusma
moría sola y abandonada por todos sus pa-
rientes, á ménos que el Cacique les manda-
ba ahorcar, lo que se apreciaba mucho, y
se creia cosa de honra y prueba de gran
deza.

Pasaron algunas horas entretenidos en
esto y en presenciár las evoluciones milita-
res de los guerreros de Caonabo, que quiso des-
lumbrar á los españoles con est espectáculo.
- lo,

terminado el cual Ojeda significó á su huésped que deseaba regresar á la Isabela á dar parte de su misión al Almirante, quien tenía vivo interés en hacer las paces con todas las tribus indígenas de la isla y favorecerlos con valiosos presentes.

Caonabo entonces denunció que había decidido acompañar á Ojeda en su regreso á la Isabela si con toda sinceridad le aseguraba que en cambio de los tratados que harían en aquella ciudad le garantizaba que le darían la campana de la Iglesia y enseñarían á manejarla. Sumamente satisfecho con aquella promesa Ojeda le aseguró que de seguro conseguiría cuanto quería si llenaba los deseos de Colón.

No tenía el español la conciencia muy tranquila desde que le dieron parte de la confianza que de él hacía el candidato cacique tan extremado en manifestar le cariño y aprecio, en tanto que él había

ido á Maguana con una misi6n muy perfida y desleal. Mucho nos duele tener que presentar en este caso á Ofeda cual hombre falso, ingrato y ruin para con el generoso indigena, - pero hay que notar que los espa6oles de aquel tiempo, estaban ense6ados á hacer la guerra á los moros con enga6os y artificios recibidos como estratagemas licitas tratando-se de infieles á quienes no era malo engañar con promesas y aun juramentos que luego se quebrantaban sin empacho.

Sucedió que habiendo llegado á oídos de Col6n la noticia de la conspiraci6n tramada por Caonabo, quiso encontrar algun medio de impedir que estallase, así aceptó con gusto el ofrecimiento de Ofeda que le pidió licencia para internarse hasta el campamento de Caonabo con algunos compañeros, determinado á embaucarlo y traerlo inerte, maniatado y preso á la Isabela. Semejante empresa que habria

parecido imposible á cualquier otro no lo e-
 -ra en el concepto de los conquistadores, pa-
 -ra el heroe de Santo Tomás, y así Colón
 accedió á lo que le pedia exigiéndole so-
 -lamente que trajera al cacique preso fe-
 -ro vivo á la colonia española. Ya hemos
 visto cómo llegó á Maguana, cómo fue re-
 -cibido por el jefe canibe y de qué manera
 imprevista vino á facilitarle su proyecto,
 al parecer descabellado, pero al tiempo de po-
 -nerse en marcha Ojeda notó, no sin re-
 -celo, que habían preparado numerosas hues-
 -tes como acompañamiento del cacique.

Preguntó qué significaba aquello, puesto
 que él no tenía más séquito que diez
 hombres, y que le parecía impropio que á
 una visita entre amigos se llevaran tan-
 -tos guerreros.

Contestóle Caonabo que un gran
 príncipe como él no podía moverse de u-
 -na parte á otra sin un tren digno de su
 poderio y esplendor. Comprendió Ojeda que

el indio era muy astuto y que aquellos guerreros no iban con buenas intenciones a la colonia española, y resolvió ser más sagaz y mañoso que el salvaje manifestándose muy contento y sometido a su voluntad.

VI.

~~Continúa~~

Al amanecer el tercer día de marcha llegaron a orillas del hermoso río Neyba en donde se detuvieron para refocilarse. No estaban ya muy lejos de la Tababela, y a poco más andar dejarían atrás las montañas y los rios para entrar en un terreno llano; así Ojeda juzgó que era llegado el momento de dar el golpe de mano que con tanta habilidad había preparado; y lo creyó tanto más urgente cuanto le había sobrecorrido la noticia de que durante la marcha el ejército de Caonabo se había aumentado considerablemente con destacamentos que otros Caciques enviaron con sigilo y

orden de incorporarse a los batallones de la retaguardia.

- Casnabo, dijo Ojeda acercándose al cacique en union del intérprete que le acompañaba, - vengo al fin a mostraros el obsequio de mas consideracion que un español puede presentar a un guerrero: ved estos adornos fabricados en el Turcy (sic) de Vircaya, y que solo usan en grandes solemnidades los soberanos de Castilla.

Le presentó unos grillos y unas espadas de hierro que brillaban como plata.

- Esos adornos, continuó, los he traído para que os los pongais en honor del Almirante don Cristobal Colon que debe de estar muy cerca de aqui, por que me ofreció venir a recibirnos no lejos de estos parajes.

Admiró agradecido aquel precioso regalo el sencillo Cacique y desde luego quiso adornarse con él, pero Ojeda le dijo que era preciso bañarse primero y vestirse los mejores

arreos que tuviera para presentarse delante del jefe español montado á caballo; pero como no estaba enseñado á aquel modo de andar, para acostumbrarse al movimiento del caballo, tendria que montar al anca del de Ojeda, que despues este se desmontaria para dejarle seguir solo.

Accedió á todo Caonabo y en esto lo que más le halagaba era la idea de cabalgar uno de aquellos hermosos animales que tanto admiraban y temian sus subditos.

Cuando estuvo perfectamente preparado montó el Capitan y mandó que los indios ayudaren al cacique á tomar asiento detras de él; los españoles le ajustaron las esposas, le pusieron los grillos á los pies, atando las cadenas al descuido contra los arneses del caballo. Entonces Ojeda apretó los hijares al brioso corcel y este se puso en dos saltos en medio de la multitud de indios que temiendo ser atropellados se hicieron á un lado y le dejaron pa-
-sar.

El animal aparentemente enfurecido tomó la dirección del monte más espeso entre cuya sombra le aguardaban los demás españoles, y subieron por una pequeña cuesta hasta llegar a las orillas del río por una vereda que habían abierto de propósito en un recodo que hacia la corriente; rodearon entonces a Caonabo y le declararon que estaba preso y que si daba voces le quitarían la vida sin vacilar; al mismo tiempo le ataron contra Ojeda y atravesaron el río una o dos veces para que no pudieran seguirles la pista los indígenas. Pero aquellas precauciones eran por demás: ellos no habían imaginado que fuera posible una felonía como aquella y no desconfiaron al principio de la desaparición de Caonabo creyendo que el caballo volvería en breve, y que aquel era algún juego con que Ojeda había querido divertir al cacique, pues ya varias veces el español se había exhibido

- bido

delante de ellos manifestándoles la habilidad y ligeresa del caballo en correr, dar saltos, vueltas y varias pruebas muy gracioras.

Cuando el confiado Cacique se vio en manos de sus enemigos se manejó con la dignidad innata en los jefes indígenas, que fundaban su orgullo en no quejarse nunca, sino al contrario manifestar altivo desprecio del peligro: lo que demuestra una vez más que el hombre altamente civilizado y el perfectamente salvaje se parecen en sus sentimientos de dignidad.

El viaje fue en extremo peligroso y hubieron de sufrir muchísimo en lo intrincado de las selvas y en la altura de los riscos y cerros por donde tuvieron que pasar para escapar de los indios que, desengañados, los perseguían. Fueles preciso dar rodeos y á veces perderse por escabrosas sendas para no dejar huellas de su paso. No tenemos tiempo de describir las aventuras que afrontaron

-taron

los infatigables españoles por entre las os-
 -curas selvas, llanuras fangosas, rios hondi-
 -simos sin encontrar muchas veces que
 comer, y de noche en lo alto de los cerros,
 aterridos de frío y privados de todo abrigo.

Caonabo permanecía callado, sereno y su
 porte era tan verdaderamente noble y
 entero en todas circunstancias, que arran-
 -có a sus captores las mayores consideracio-
 -nes y respetos.

Cosa extraña pero talvez caracterís-
 -tica de índole de Caonabo, fué que jamás
 manifestó a Ojeda resentimiento por su
 conducta pérfida, sino que al contrario
 elogiaba su astucia y singular arrojó.
 Creciendo su cariño hacia el español,
 por estar sinceramente persuadido de que
 la perfidia y el engaño eran permiti-
 -dos en la guerra; pareciendose en esto
 moralmente al hombre más disimulado
 que recuerda la historia moderna quien
 tenía por máxima "que la palabra es-
 -ve

para ocultar el pensamiento (1). Cuando Ojeda se dirigia á Caonabo este le escuchaba con atencion y respeto y aunque no le entendia hacia lo posible para penetrar sus ideas y conformarse con su voluntad, - en tanto que á los demas les manifestaba completo desprecio: aparentaba no verlos desde la altura de su orgullo.

Al fin despues de algunos dias de viaje penosísimo, llegaron á la Teabela con su cautivo en toda seguridad, - expedicion valientemente consumada, pero cuya perfidia oscurece su mérito.

VII.

(Continuará)

Dos años eran transcurridos desde la captura y prision de Caonabo; despues de muchas luchas, batallas, escaramuzas y guerrillas, al fin los españoles lograron apaciguar á los indios que se alzaron, y hacerse dueños de la isla en su totalidad. Como no es nuestro ánimo relatar to-
-dos

(1) Talleyrand.

los acontecimientos de la conquista, que aun que interesantísimos no hacen parte del plan de nuestra narracion, no mencionaremos pormenores y solo diremos de paso, que en casi todas las acciones notables y hechos de armas nuestro héroe tomó una parte activísima, tanto que Colon confesaba que á Ojeda le debía el buen éxito de muchas de ellas. A pesar de sus buenas intenciones y de conformarse humildemente á la voluntad de los Reyes Católicos, Colon se vio apremiado por la calamidad y la envidia de los cortesanos, y persuadido de que solo personalmente podia contestar á los cargos injustos que se le hacian, resolvió embarcarse para España, lo cual verificó en marzo de 1496, venciendo no pocas contrariedades.

Empleó Colon varias semanas en recorrer el mar de las antillas, y no antes de cumplirse dos meses después de su salida de la Isabela pudo encontrarse ya en alta mar.

Era una tranquila noche de Mayo, en que brillantísimas estrellas iluminaban la bóveda celeste con un fulgor y una claridad que solo se ve en los trópicos y al través de la pura atmósfera marítima. Entre las constelaciones casi desconocidas en Europa veíase en el confín del horizonte por el lado del sur la de la cruz de Mayo, la del Navio y la del Centauro (que encierra la maravilla astronómica de dos soles que giran el uno en torno del otro) y gran número de luceros á cual más espléndido y brillante. Una brisa suave y saturada de olores marinos henchía las velas de las dos embarcaciones que formaban la escuadra de Colon, y parecían blancos espectros deslizándose sobre las azules ondas y dejando en pas de sí un reguero de luz forfórica.

Conforme fué avanzando la noche los pasajeros que iban en las caravelas se retiraron á sus hamacas, y sobre

la cubierta de los bajeles al promediar la noche no quedaba sino el vigia, y emborazado en su capa a un hombre de pequeña estatura, aire marino y ademán altivo y desembarazado, que se paseaba de un extremo á otro de la caravela haciendo sonar la espada al caminar.

Repentinamente se presentó sobre la puente del navio un indio casi desnudo y acercándose al emborazado dijo en español incorrecto:

- Don Alouro!... hermano mio llama á vos!

Ojeda (pues era él) preguntó con interés si el enfermo había empeorado.

- Si... morirá pronto: no vera la luz del día.

- Pobre, pobre Caonabo, dijo Ojeda, vamos pronto.

Bajó precipitadamente por una escalerilla de mano á la cala del buque en donde yacia con sus compañeros el antiguo cacique de Maquana.

Caonabo, cautivo durante dos años, no había dejado ni por un momento de ser digno del título del Cacique más importante de Haití: soportó su injusto cautiverio con tranquilidad aparente y sin exhalar nunca una queja ni pedir ningún favor. El orgulloso salvaje desdenaba al Almirante á quien miraba con desprecio porque no le había tomado preso personalmente sino enviado á su capitán é inferior á poner por obra aquella acción que consideraba heroica y digna de los mayores elogios á pesar de ser él la víctima. Caonabo no se consideraba prisionero de Colon, sino de Ojeda, y á él solamente acataba. Cuando este le iba á visitar lo recibía con respetuoso cariño y le pedía le enseñase su idioma para poderle hablar, en tanto que á Colon volvía la espalda con marcada desatención. (1)

(1) Los haitianos nunca resintieron la perfidia

Caonabo, dotado de una clara intelligen-³⁵-
 -cia, aprendió en breve el castellano y lo habla-
 -ba con alguna corrección: mientras que per-
 -maneció en tierra soportó las penalidades
 del cautiverio con valor, pero no fué su re-
 -signación suficiente para continuar igual-
 -mente satisfecho cuando se vió en un bu-
 -que y privado ya no solamente del séquito
 de indios que le hacían la corte, sino has-
 -ta de la suave atmósfera de su país na-
 -tal. Una tristeza profunda, un desalien-
 -to completo se apoderó de él, y esto le vino
 acompañado de una fiebre lenta que le
 devoraba noche y día, padeciendo mortá-
 -les insomnios y delirios que acababan de
 agotar sus fuerzas. Alarmáronse los espa-
 -ñoles con el peligro que había de perder
 al Cacique más famoso de Indias á

de Ojeda, sino que al contrario la misma
 Anacaona, perdonó á los españoles su atroz
 conducta y ocho años después murió en una
 horca, víctima de los enemigos de su raza.

quien llevaban á los Reyes como una curiosidad y una muestra de lo que eran los jefes que habian vencido. Procuraron todos á porfia sacarle de sus crueles meditaciones, y describiánle las granderas de España y las cosas maravillosas que veía en la corte de los reyes más poderosos del mundo; pero en vano: nada disipaba el profundo abatimiento del salvaje y el tedio que aumentaba por horas y por momentos á medida que se alegraba de su isla. Detúvose Colón algun tiempo en Guadalupe, y en esta isla tuvo lugar un acontecimiento que pudiera haber devuelto alguna esperanza al corazón de Caonabo: fué este la admiracion que su desgraciada situacion produjo en una mujer, esposa del cacique de aquella isla, hasta el punto de querer acompañarle para cuidar de él y consolarlo, repusando volver á tierra con humildes súplicas de que la dejaran seguir viaje hasta

España con Caonabo. Creyendo que tan solícita compañera distrairía de su pesadumbre al cacique acojieron con gusto el ofrecimiento de la india; pero infructuosamente: la melancolía y la honda nostalgia del cautivo fué aumentando diariamente, hasta ponerle al borde de la tumba, sin que lo-gradaran aliviarse ni un momento las con-sideraciones que le procuraron guardar.

Hallóle Opeda acostado en su hamaca, junto á la cual lloraban su hermano, su sobrino y su hijo, que también llevaban cautivos, y más lejos, en la sombra, mesábase los cabellos la india de Guadalupe.

— Alonso, dijo Caonabo con debilitado acento al ver entrar al español, — el reme quiere que marche de aquí: me voy á la tierra de mis padres, y tengo de morir como un miserable y aguardar la agonía de la muerte... Oh! exclamó incorporándose, si tuviera yo aquí uno de mis butios moriría como debe haberlo un cacique: ahorcado....

- Caonabo, respondió Ojeda, - un guerrero como tu no pierde nunca el valor... no se deja morir así... todavía tendrías remedio si quisieras.

- ¿Acaso me llevarían mañana a Haití?

- Eso no, pero....

- Entonces mi mal no tiene remedio, porque no quiero llegar a tu tierra sino volverme a la mía, e ir a comer el fruto que se da en el cielo de los míos.

- Erevcha, Caonabo....

- No, no me interrumpas: me quedan ya pocos momentos de vida.... y antes de irme quiero recomendarte mis parientes y a aquella hija de príncipe que me acompaña, abandonando por mí su tierra: pido que sean devueltos en breve a sus islas. El indio no puede vivir entre los hijos de Turcy sin morir pronto. Vuestro Dios nos mitra mal y nuestros remes nos han abandonado: ellos tienen celos del vuestro que es muy más poderoso y ha puesto en vuestras

manos por armas truenos y relámpagos mientras que los remes no conocen sino las flechas, los dardos y las macanas. En esta lucha entre el poderio de vuestro Dios y los celos de los nuestros, nosotros, pobres indios, moriremos todos. Aunque yo te perdono, Alonso de Ojeda todo el mal que me has hecho, no sé si los míos harán otro tanto. Dejo mi maldición, único poder que no han podido quitarme, á todos los demas que me han tenido cautivo, y deseo que ellos sufran como yo: prisiones, destierros y desgracias. Que vuestro Dios me oiga y los míos me venguen.

No pudo continuar; aquel esfuerzo que habia hecho para hablar postó enteramente se sus fuerzas, y cayó para atrás desfallecido y exánime. Rodearonle los indios, levantaronle la cabeza y echáronle aire con hojas de palma treuradas, pero en vano; no volvió á hablar y pocos momentos despues habia dejado de existir. Los indios levantaron sus voces lamentando la muerte de su pariente

y de su jefe, y entonaron entre sollozos el canto del guerrero moribundo, cual correspondía en aquel caso.

Ojeda subió otra vez sobre cubierta sumamente impresionado con las palabras últimas de Caonabo, y cuando llegó al aire libre notó que emperaba à nacer un nuevo día y que à medida que perdían su brillo las estrellas una capa dorada inundaba todo el ámbito del mar, y momentos después el sol se levantaba espléndido sobre las olas inquietas del Océano en cuyo confín estaba España, la patria querida, y en ella la madre y la mujer amada.

(Handwritten signature)

230
41

Cuadro VI.

Dos años en España
1497.

I.

La ciudad de Burgos está edificada en la falda de una colina algo escarpada, en cuya cumbre veíase en aquella época un antiguo castillo, que en su origen fue la residencia de los Condes y luego de los reyes de Castilla. Más abajo se alzan á diferentes alturas los edificios religiosos que engrandecen la ciudad, y por último al pie de ella corre el río Arlanza que se pierde á lo lejos al travez de un poblado y rico valle cubierto de sementeras, y lo que es más raro en España, de muchos y frondosos árboles que crecen con lozanía, merced á la humedad de las numerosas fuentes y riachuelos que vienen á buscar el lecho del río.

Como á media legua de distancia

elevabase sobre una colina el convento de frailes cartujos de Miraflores y más cerca, pero en otra dirección, veíase la rica abadía de las Huelgas en donde moraban gran número de monjas pertenecientes á las más nobles familias españolas bajo la autoridad de una abadesa que mandaba como soberana en un dilatado distrito.

Un día de verano de 1496, y cuando el sol meridiano quemaba como fuego, los árboles se inclinaban agobiados por el calor, los pájaros se ocultaban tras de las ramas en silencio, y todo en la naturaleza callaba, vióse venir por el empolvado camino que conduce á Valladolid, y entrar á Burgos por una de sus almenadas puertas á dos viajeros fatigados, amo y criado, siendo el amo nada menos que nuestro amigo Alonso de Ojeda, que acudía á verse con el obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca.

Siguiendo por las tortuosas y angostas calles de la ciudad, sombreadas por altos edificios y torres de ostentosa arquitectura, Ojeda se

desmontó en una porada, y en tanto que cam-
-biaba vestido mandó á anunciar su llegada
al Obispo, quien sin tardanza contestó que le
veria aquella tarde despues de la hora de
la siesta. Sin embargo oyendo solo su impa-
-ciencia nuestro heroe llegó anticipadamente
al palacio arrobispal, y fuele preciso aguardar
largo rato en la antesala antes de ser recibido.

El palacio arrobispal estaba situado
entonces, en donde mismo se encuentra hoy, en
la plaza mayor, que siendo pequeña y de for-
-ma irregular parece aún ménos grande
con motivo de los altos edificios que la circun-
-dan, - pues en ella se encuentran, además del
mencionado palacio, la casa de Ayuntamiento,
galerías de arcos y la magnífica Catedral u-
-na de las más bellas de España.

Desde uno de los balcones de la antesala en
que aguardaba, Ojeda pudo contemplar á su
gusto el esplendoroso templo. Fue edificado
en el siglo XIII, y á pesar de que las vecinas
casas de habitación se empantan casi dentro
del edificio, su aspecto es magestoso é in-
-ponente.

Al frente tiene dos altísimas y labradas torres, exornadas con esculturas del gusto más puro del arte gótico, formando un verdadero bosque de estatuas, labores afiligados y foliaje de piedra. La parte de atrás la forma un crucero de cinco torrecillas rematadas en finisimas puntas de hierro, y el conjunto es de una maravillosa perfección arquitectónica. Todo el edificio se labró con piedra blanca e igual. Sus numerosas y ojivadas ventanas están cerradas con vidrios de colores de gran precio y hermosura. Sin contar las capillas de los lados, el cuerpo de este templo mide 100 varas de largo y 84 de anchura y se levanta como un cerro en medio de la ciudad.

Aunque absorto en la contemplación de aquel edificio cuya maravillosa magnificencia le hacía mayor impresión por la misma que habría pasado dos años y medio en el fondo del bosque virgen del nuevo Mundo, Ofelia aguardaba con impaciencia la hora de la entrevista con el nuevo Obispo de Burgos, - causándole júbilo la entrada del Ujier que le anunció que

La Señora Ilustrísima le esperaba.

Recibiólo el prelado sin levantarse de su dorado sitial, pero con aire amable le hizo primero muchas preguntas acerca de sus aventuras en la Española, y despues pidióle informes de la conducta de Colon y de sus hermanos en el gobierno de la isla, notando que el jó- ven contestaba con reserva y prudencia, y aunque no acusaba al padre Boyle, á Mar- garit y al visitador Aguado, enemigos de Co- lon, elogiaba en todo al Genovés, así repente- namente le cortó la palabra con impaciencia y dijo:

- Segun veo, Alonso, siempre disculpais al Almirante!.... Pero yo sé deciros que de él he- mos tenido tantas y tan bien fundadas que- jas que ni aún la Reina, nuestra señora, tiene buena opinion de esos Colonos.

- Sin embargo, respondió Ofeda friamente, me han asegurado que los Reyes le recibieron á su regreso con suma amabilidad y ni siquiera le han hecho una sola reconvencion.

- Eso dicen los amigos del genovés, contestó el

Obispo, pero no es exacto; los Reyes están descon-
tentos y ya han perdido mucha de la estima-
ción que le tenían.

- Eso no me sorprende! exclamó el joven con ironía.
- ¿No os sorprende?

- No, porque es proverbial la ingratitude de los Reyes.

- Reportaos! imprudente mancedo; Como os atreveis
á hablar de esa manera de Sus Magestades?

- Digo lo que pienso.

- Pero no pensais lo qué decís; ya se os ha olvida-
do que lo que se piensa es lo último que se dice?

- Pensaba que platicaba con un caballero y que
por consiguiente podia sin riesgo manifestar
mi pensamiento.

- Pero no recordabais, sin duda, que es felonía has-
ta pensar mal de nuestros soberanos y mayor
falta aun es la de hablar de ellos con poco respeto.

- Señor, yo hablé de los reyes en general.... pero si
os disgusta mi parla, fácil es salir de vuestra pre-
sencia y tambien de Burgos y de España.

Y al decir esto con impetu púrose en pie.

- Reprenad, reprenad vuestras violencias, mancedo, dijo
Fonseca mirando al joven con la sonrisa en los

cabios, pero con una mirada falsa y cruel.

Comprendió su falta de respeto para con el Obispo, y bajando los ojos, Ojeda volvió á tomar asiento.

- No sabéis, continuó Fonseca, que el primer deber del hombre es reprimir la saña? Por ventura no habéis oído referir lo que dijo el sabio rey Alfonso / vuestro tocayo / hablando de la ira?

- No recuerdo....

- Dijo estas palabras cuyo espíritu deberiais imitar: " Quien sabe reprimir la cólera é la ira, este es señor de su voluntad; quien es tal es más fuerte " quel que vence en batallas e prende por fuerza " los castillos."

- Yo, señor, soy soldado y no sabio....

- Bien pues, nos hemos salido de la cuestion, repuso el Obispo, y no puedo perder tiempo en sermones.

- Ni yo vine con esa intencion, - contestó Ojeda.

- Decidme ahora, lisa y llanamente, qué opinion tenéis del Almirante Cristobal Colon?

- ¡ Puedo hablar con sinceridad y sin dobleces?

- Como á vuestro confesor.

- Creo, señor, que es el hombre más sabio del si-

y además el más humano, bondadoso y noble.

- No podríais decir más de nuestros soberanos!
exclamó el Obispo con disgusto.

- Es la verdad, respondió el joven.

- ¡Y no os parece comparación gastar ese entusiasmo y admiración de un extranjero, en un italiano de bajo nacimiento?

- Lo que siento, dijo Ojeda con los ojos encendidos, es no tener palabras para expresar todo lo que pienso de él y lo que él merece!

- ¿Qué poco mundo tenéis, amigo! repuso el Obispo, levantándose y caminando de un lado a otro de la estancia, y añadió como para sí; cual es la potencia que tiene este hombre para hacerse amar de cuántos le tratan de cerca?... un miserable italiano, cuyo carácter debe tener todos los defectos de su raza!

Al oír las murmuradas palabras de su interlocutor, la móvil fisonomía de Ojeda cambió de expresión, y dijo con mal encubierta ironía:

- Sin duda, señor Obispo, los defectos de los italianos deben ser tenidos por virtudes en nuestra tierra, puesto que a Colón no le conozco defectos y si cualidades.

- ¡Vive Dios! exclamó Fonseca con disgusto; ¿queriais asegurarme que Colón es un ángel?

- No tanto señor, puesto que es humano, pero sí sé aseguraros que siempre y en todo tiempo se manifestó más generoso, más digno y más noble que todos nosotros.

Sonriose el Obispo con aire despreciativo y dijo sentándose otra vez frente à Ojeda:

- Sois muy joven, Alonso, sois muy joven aún.... lo siento mucho porque es defecto que os hará impropio para muchos cargos.

- ¿Qué cargos, señor Obispo?

- El mando de ciertas empresas importantes.

- Por ventura, su Señoría Ilustrísima ha olvidado que si soy joven (no es culpa mía!) mi valor es tanto que sin jactancia digo que nadie me sobrepaja.

- Ya lo sé, Alonso, me han informado acerca de vuestra conducta heroica en el fuerte de Santo Tomás y el indomable que desplegasteis en otras muchas acciones, pero....

- Pero qué, señor?

- Decia, ^{que} además de esas cualidades necesito pa-
-ra

ciertas empresas que he imaginado un hombre que tenga más prudencia que valor físico, más perspicacia que pujanza; no sabéis que el hombre astuto es el dueño del mundo y de las voluntades de los hombres?

- Si por astucia, su Ilustrísima entiende perfidia, exclamó Ojeda, ese hombre efectivamente no soy yo, buscad otro, señores...

- Otra vez, salís de vuestras casillas! dijo Fonseca. Acordaos con quién habláis....; creis acaso, añadió, que yo pudiera inducirlos a obrar mal?

- Perdon, señor, respondió el joven, pero tengo la palabra pronta y me desazono con facilidad.

- Volveré a citaros al mismo sabio rey Alfonso, repuso Fonseca, cuyas maximas leta no ha mucho rato, entre las cuales hay esta: "ca bien así como el cantaro quebrado se conoce por su suono, otro sí el seso del home es conocido por la palabra". No digais nunca, mancebo/este es consejo de amigo/ palabras que ofendan, porque por ellas se avista el fondo del pensamiento del hombre.... Sin embargo creo que vos no re-

en las consecuencias de lo que me queriais decir, y todo lo olvidaré si contestais con franqueza à mis preguntas

- Repito, contestó Obispo, que no pensé en que...

- Basta de excusas..... Ahora otra pregunta; Recordais el convenio que con vos hice antes de que partierais con Colon?

- No recuerdo convenio ninguno....

- Entonces direi promesa, - promesa de estudiar con el Almirante el arte nautico, que no puede negarse que lo conoce à fondo, y examina los planos y cartas maritimas de su descubrimiento.

- El jamás las señaló.

- Y era preciso que Colon os las mostrara expreso para poderlas ver?

- Las llevaba siempre encerradas en sus arcas que jamás dejaba à nuestra disposicion.

- Una persona viva y pronta no hace caso de esos impedimentos.

- Señor Obispo, qué significan vuestras palabras?... Acaso me tomais por un vil espia?

- ¿Quien os habla de espias? Es fácil, sin fal-

à ninguna ley del honor descubrir secretos que nos quieren ocultar. Cuando se os dió un destino que os venia ancho à vuestra edad, no fué sólo para que fuerais à pasar el tiempo admirando al genovés, sino para que con él aprendierais lo suficiente para seguir sin él en los descubrimientos de otras tierras y otros mares.

- No era preciso ver sus cartas y sus mapas para aprender el arte de descubrir nuevos parajes por aquellos lados, contestó Opeda, una vez que él mostró el camino: yo me comprometeria à adelantar esos descubrimientos, y con un buen piloto, como Juan de la Cosa, no tendria inconveniente en atravesar el Océano cualquier dia.

- Bravo! exclamó el Obispo con animacion, al fin nos entenderemos!

- Digo à su Ilustrísima, que lo podia hacer.

- Y que sin duda lo hariais.

- Al contrario, señor: el Almirante obtuvo de los Reyes un privilegio para seguir él nomás los descubrimientos empezados. Nadie tiene,

- pues, derecho de ir contra su voluntad a las tierras y los mares que Dios le permitió descubrir.
- Es decir, Alonso, que aún pensais que Colon obra por inspiracion divina?
- Creo que obedeció al principio al dedo de Dios que le señalaba lo que debería hacer, para premiarle su constancia y abnegacion, sus estudios y desvelos de tantos años, - pero una vez que llevó a cabo aquella gloriosísima campaña, y puso en vía la conversion de los infieles, creo que ya Nuestro Señor, aunque le protege, no le inspira.
- Vuestra tonta admiracion, Alonso, será causa de truncar vuestra carrera y aún las esperanzas más gratas que podiais abrigar.
- ¿ue quereis decir, señor?
- ¿ué me veré en el caso de retiraros mi proteccion?
- Señor Obispo, bien sabe su Ilustrísima que durante todo este tiempo le he obedecido ciegamente, y si permanecí más de dos años ausente de España fue porque confiaba en vuestra palabra.... y en vuestras promesas.
- Os equivocais, yo nunca he dado palabra que

que me pueda comprometer, ni hago promesas ligeras.... Os dije, que si á vuestro regreso de Indias estaba satisfecho de vuestra conducta y os creia capaz de secundarme en ciertas empresas os daria noticia del lugar en donde se halla la novicia doña Maria, si acaso no se habia logrado que proferara ántes.

- Por Dios y Maria Santisima, señor Obispo, exclamó Ofeda, decidme qué ha sido de ella!

Sonrióse con cruel expresion Fouseca, y despues de mirar un momento al atribulado joven, respondió friamente:

- Puesto que rehusais cumplir mis deseos, no me creeris tanto que por mi parte yo os diria nada.

Bajó Ofeda la cabeza en silencio, presa el alma de mil dolorosos sentimientos, pues bien conocia el caracter de Fouseca, y sabia que si él no era en sus manos un instrumento ciego, nunca obtendria nada.

- Qué pedis de mí, señor? dijo levantando la mirada y fijandola turbada y triste en su interlocutor.

- No pido sino para vos un gran bien y futura fama: que encabereis, sin consentimiento de Colon, una expedicion a las Indias, en la cual obtendreis riqueza y gloria con lo cual creo que lograreis cuanto podeis desear en este mundo.
- Pero; no es cierto que se le ha dicho al Almirante que no hay buques ni dineros para volver a sus descubrimientos; como podria haber una y otra cosa para mi pobre aventurero?
- Es verdad que el tesoro esta' exhausto; los gastos en las guerras de Italia son fuertes y se necesita poner en la mar una enorme flotilla para conducir 20,000 personas a Flandes como séquito de la Infanta Juana que casa con el Archiduque de Austria, y conducir a la vuelta a la novia del principe de Asturias, la princesa Margarita. Asi seria, imposible, se le ha dicho a Colon, poner a su disposicion los 8 navios que pide para la proxima expedicion.
- Entonces; como me ofreciais recursos que no hay?

- Para él no los hay, repuso Fonseca, pero para vos encontraria, yo os lo aseguro dos o tres caravelas que fletaria sin tardanza.... y deducidos los gastos que yo tendria que haber personalmente, la mitad de los tesoros que traierais de aquellas tierras serian para vos. Con oro y fama, amigo; qué sera' lo que no se consigue en este mundo?

- Es decir, exclamó Ojeda, que á mi regreso me jurais que obtendria la mano de mi señora doña Maria?

- Yo no puedo jurarlo, las cosas humanas son tan variables! pero antes de partir os veriais con ella, os lo aseguro, y á vuestro regreso si trajerais bastantes riquezas, con ellas pienso que no os seria difícil ablandar á los reyes.... ya sabeis el refran: "no hay puerta que no se abra si es de oro la ganrua."

- Pero.....

- No hablemos más por ahora, dijo el Obispo, os dijo hasta mañana para que mediteis mi propuesta.

Ojeda se despidió ofreciendo volver al siguiente dia á la misma hora. (Continuará)

Como ántes hemos dicho el palacio Arce-
bispal está en la plaza y al frente se ha-
lla la Catedral. Ojeda era muy devoto,
en su turbacion y peregrinacion volvió na-
turalmente los ojos al cielo y entró en la
Catedral para invocar la proteccion di-
vina.

El interior de la Catedral es tan imponen-
te como su parte de afuera, y está poblado de
pilares, columnas, cornizas y grupos de esta-
tuas de diversos mármoles, que armonizan
con las bellas pinturas y costosos adornos de
los altares. El coro, cuyos bajos relieves repre-
sentan episodios del antiguo y nuevo testa-
mento es una obra maestra ejecutada por
famosísimos artistas, á quienes se pagó más
de mil ducados. Además de las obras propias
para el culto religioso encuéntrense muchos
grandiosos monumentos bajo los cuales están
enterrados varios reyes y muchos grandes de Es-
paña. Numéranse, fuera del cuerpo principal
del edificio, 8 capillas laterales, tan espaciosas
y bien construidas que en ellas se puede celebrar

el oficio divino con toda pompa, sin que se estorbe el uno al otro, aunque en cada capilla hay un órgano grande y sonoro.

Empezaba á caer la tarde cuando Ofeda entró en el templo, débilmente iluminado por los últimos rayos del sol que entraban por las ventanas, cuyos cristales opacos no los dejaban penetrar sino amortecidos.

Ofeda, que conocia la Catedral, se dirigió á una Capilla retirada en la que se daba culto á la Virgen. El templo estaba silencioso y solitario y solo se oían los acordes solemnes de un órgano vecino en el que ensayaba una misa de requiem un organista, y estas armonías graves y profundas parecían como el eco de las almas que en otro mundo se acordaban de este, de sus afectos, de sus penas, de sus dolores y de sus remordimientos.

Thincóse con recogimiento al pié del altar y con una profunda fe invocó al cielo para que le iluminara el espíritu en estas cir-

-cunstancias

en que tanto necesitaba su ayuda. Poco a poco y mientras que la oscuridad invadía todo el recinto fue convirtiendo su oracion en vago raciocinio, y con los ojos fijos en la hermosa estatua de la Virgen que estaba sobre el altar apoyó los brazos contra el enrejado al pie de él, permaneció largo rato como anonadado mirando entre la oscuridad las indecisas formas de la imagen hasta que arrullado por los sonidos del órgano e impregnándose por decirlo así en el perfume de las flores que adornaban la Capilla, sintiose como presa de un letargo extraño, y sus parpados se cerraron involuntariamente.... No supo cuánto tiempo permanecería en aquel estado, cuando creyó volver en si con el rumor que hiciera el roce del vestido de una mujer, y levantando los ojos parecióle ver la estatua de la Virgen iluminada por una luz interior y sus facciones que no habia podido distinguir antes, tomar un color de vida sobrenatural, entreabrirse sus labios y aunque no oia con los oidos del cuerpo sonido alguno, con

los del alma comprendió que ella le dirigía estas palabras:

- Alonso, no manches tu vida con una acción perversa. No te fies de Fonseca y sus falsos halagos. Sigue los dictados de tu conciencia.

Sobrecogióse Gueda con el misterioso suceso, y con los cabellos herizados por el pavor que causa todo lo que parece sobrenatural, permaneció postrado y sin atreverse casi á respirar, en tanto que desde el fondo del alma contestaba así:

- Señora, solo deseo que me ampareis y aconsejéis en mis vacilaciones, dadme, señora, del cielo, fuerzas y valor para obrar siempre bien.... pero bien lo sabéis, no tengo más que un deseo, un anhelo en el mundo: volver á ver á mi María, saber en donde se halla y poderla hacer mía alguna vez. Bien lo sabéis, señora, que para lograrlo no hay sacrificio que no hiciera; y aun no sé si podría resistir á una falta, á un crimen, si con ello obtengo el blanco de mis aspiraciones....

Trunció las cejas la imagen y miró con

disgusto al postrado joven.

- Nunca la obtendrás, imaginó que deceían sus labios, - si no eres digno de ella jamás la verás: promete no obrar nunca contra tu conciencia, y sabrás en donde se halla Maria.

Pero en aquel momento alguien entró a la Capilla y sonó la desapacible voz del sacristán que decía:

- Señor Caballero, se cierran las puertas: tened la complacencia de salir.

Inmediatamente desapareció a los asombrados ojos de Ojeda la claridad misteriosa que iluminaba a la imagen y saliendo de su trance o enagenacion, púsose en pie y sin contestar al portero salió tras de él de la Capilla y del templo proponiéndose volver al día siguiente a continuar su platica con la Virgen, pues él de ninguna manera pensó que aquello podría haber sido un vago sueño, antes quedó persuadido de la realidad del milagro y de la proteccion que la reina del cielo le dispensaba hasta el punto de entablar dialogos con él. Así eran los hombres de aquella época

valientes, esforrados, indómitos, pero infantiles en sus creencias y supersticiosos hasta la demencia!

Al día siguiente mandóle á don Juan Rodríguez de Fonseca una no muy bien redactada misiva (pues Ojeda era más hábil con la espada que con la pluma) en la cual rehusaba decididamente el cargo de la expedición á las Indias si aquello debería de hacerse sin el consentimiento de Colon. Contestóle el Obispo que tomaria nota de su negativa pero que no la aceptaba como irrevocable, y que aguardaria algun tiempo que volviera en su juicio antes de darle á otro el ofrecido empleo.

Apénas llegó la tarde Ojeda se dirigió á la Catedral y fué á buscar la Capilla y la Virgen, y al plé del altar permaneció largas horas esperando oír de nuevo la comunicacion emperzada el día anterior, - pero todo fué en vano: ningún sopor misterioso adormeció sus sentidos ni aguró su espíritu, ni la más leve vision ni el menor ruido le dió á entender que la Virgen volvía á seguir platicando con él. Salíó

à la voz del rairistan, para volver todas las tardes por más de ocho dias que permaneció en Burgos, pero todo fué en vano: la Virgen permaneció muda y sorda à sus ruegos, à pesar de que hasta llegó à pasar en el Templo una noche invocándola postrado à sus pies.

Decidido à no aceptar por ningun precio los ofrecimientos del Obispo de Burgos, Ojeda apeló à su parente el Inquisidor que llevaba su mismo nombre y apellido, suplicándole le informase de la suerte de Maria, en donde se encontraba y si aún estaba libre. Pero su parente no pudo ó no quiso darle ningun informe. Entónces volvió à buscar al duque de Medinaceli y pidióle que le llevase consigo à la corte entre su séquito. Ojeda aguardaba tener noticias más seguras de la suerte de Maria entre los cortesanos y las damas que rodeaban à Isabel. Pero esta estratagemá le salió también fallida: las damas fingian no acordarse de ella ó aseguraban que desde que la habian llevado à un convento no habian vuelto

á tener noticia suya.

Así se pararon las semanas y los meses y Ojeda vagaba como una sombra en la corte de los Reyes Católicos en el séquito del duque de Medina celi, y aunque nada descubría, jamás perdía la esperanza de encontrar al fin la huella de su querida María, cuyo recuerdo era ya no un amor real y verdadero sino un fanatismo, una manía, un pensamiento continuo: era la forma palpable de sus sentimientos más puros y verdaderos, idea alta y elevada del afecto humano que le preservaba de toda mala acción y le llevaba por la senda del bien. Era entonces nuestro héroe el bello ideal del espejo de caballeros, valiente, denodado, noble, joven, elegante y heroico. Solo un amor como aquel es capaz de inspirar grandes y nobles pensamientos, y sin él el corazón del joven solo produce espinos y abrojos.

(Continuará)

Un día de Abril del siguiente año de 1497, Alonso volvió otra vez á Burgos en el séquito de los Reyes Católicos, - pues estos tenían pensado celebrar en aquella antigua ciudad, cuna de sus antepasados, el matrimonio del príncipe heredero, don Juan, con la Archiduquesa de Austria y futura gobernadora ó virreina de los Países Bajos. Parecía que el príncipe tenía una salud débil y delicada, y aunque solo contaba 19 años su espíritu era serio hasta la rigidez, reservado y profundamente devoto como sus padres, - mientras que Margarita, criada en la corte francesa, era franca, robusta, alegre y un tanto despreciada. El acompañamiento y sirvientes de uno y otro novio imitaban el carácter de sus señores; de modo que no podía verse un contraste mas grande que el que se notaba entre los flamencos y los españoles de la corte que recorrian la antigua ciudad.

Con motivo de este enlace se celebraron muchas fiestas de toros, cañas y torneos á los cuales naturalmente concurreó la flor y nata

de los ricos-hombres, hidalgos y caballeros, no solamente de Castilla y Aragon, sino de toda la península Ibérica y aun de varias cortes europeas. La corte española era por entónces grandemente acatada y atendida por todos los reyes de la cristiandad, pues se preveia que aquel trono seria en breve muy poderoso. Dueños de todo el antiguo imperio godo; victoriosos en Italia; aliados con Austria por medio del matrimonio del principe y el de la infanta Juana; aliados con el Portugal tambien, puesto que Isabel habia prometido al fin dar por segunda vez su mano a un rey de Portugal; - los Reyes Católicos acababan de combatir la union de su tercera hija, Catalina, con el principe heredero de la corona inglesa, alianza muy al gusto de aquellos reinos. Ademas tenian la esperanza de ver en breve imperando sola la Religion Católica en la península, pues el rey de Portugal se preparaba á expulsar tambien

de sus dominios ^a los judíos y ^a los moros que se habian arrojado allí para ampararse de las persecuciones en España: esta habia ^{traído} la exigencia que le habia hecho para admitir su mano la Infanta Isabel. El Santo Oficio por otra parte consolidaba su imperio más y más para con el tiempo hacerse tan poderoso que temblaban, desde los principes, en medio de los suyos, hasta el labrador en su campo, solo con el nombre de la Inquisición: nadie tenia seguridad ^{en} en su misma alcoba de que no supiesen los inquisidores lo que decían, y los españoles que no escusaban las acciones más valientes y audaces, se humillaban y no osaban casi respirar cuando oían el menor mandato de un inquisidor: su red de hierro cubria toda la nación y su poderoso brazo alcanzaba al reo hasta en los lugares más escondidos. Así notóse que desde principios del siguiente siglo XVI el noble y romántico espíritu caballeresco, que por diferentes

causas habia decaido en las demas naciones europeas, - pero que aun se conservaba en todo su auge en España, - ese espíritu mismo emperó à cambiar de aspecto en aquella nacion de heroes, è hiriose ménos libre, ménos franco y más egoista. ^{La Inguis}*

o Sin embargo merced al culto y admiración que todos sus subditos tenían à la reina Isabel, el respeto por el bello sexo se mantuvo incólume en España por muchos años, y en los torneos y las fiestas los caballeros llevaban aun los colores de sus damas, por cuyo honor combatian sin desmayar. Durante aquellas fiestas del matrimonio del principe de Asturias vieron en las justas lucirse à muchos caballeros, pero ninguno como nuestro Alonso de Ojeda, à pesar del luto que vestia y los colores tristes que llevaba con motivo de sus deseos siempre frustrados de hallar à la oculta novicia. Extrañaban mucho las damas el aspecto melancólico, unido à la grande audacia y agilidad que desplegaba en todo juego

* La Inquisición no era como lo piensan muchos una Sociedad religiosa solamente, al contrario, los Reyes la hacían servir como un medio político para reinar. De aquí naturalmente resultaron enormes abusos y los Inquisidores hacían servir el enorme poderio que tenían del cual disponían para llevar á cabo sus venganzas personales, sus odios políticos y demás intrigas que son el móvil de toda persona que desea tener siempre el poder en sus manos á cualquier precio.

0

guerrero, - y no pocas hubieran aceptado sus homenajes si él se manifestara menos re-
-traído y murano.

Sucedía frecuentemente que en tan-
-to que sus compañeros se ocupaban en ale-
-gres diversiones, paseos y saravos él pasaba
las horas postrado al pie de la Virgen en
la Catedral ó en su estancia, ó si no va-
-gando sólo por los contornos de la ciudad.
Una tarde en que más afligido y desconsolado
-lado había salido de la Catedral, después
de orar fervientemente se dirigió á las puer-
-tas de la ciudad y salió de ella tomando
sin pensarlo el camino que lleva al conven-
-to de las Huelgas. Estando en la orilla
de él notó que paraban á su lado dos ca-
-balleros, montados en magníficos caballos,
y aunque el uno parecía escusar ser vis-
-to, nuestro amigo vió que era nada menos
que el rey Fernando y el otro un cortesano
muy de su confianza.

Siguiólos por el empolvado camino y
en breve vió que entraban con cierto sigilo en

el monasterio de las Carmelitas, ya mencionado. Una idea asaltó entonces á Ojeda y comprendió á las claras que en aquel convento debia de estar la que tanto habia buscado.

Llegóse al monasterio manifestando curiosidad grande y entabló conversacion con un locuaz jardinero que encontró tomando fresco á la puerta de sus dominios exteriores. A poco descubrió que las enrejadas ventanas que daban sobre el jardin pertenecian al noviciado de la abadía, aunque el jardinero le dijo que á ellas jamas se podian asomar las novicias por ser muy altas, salvo á una mas grande que pertenecia á la Capilla del noviciado y daba luz á aquel recinto - pero aun esta era tan alta que desde allí no podian, aun que quisieran las novicias, distinguir el jardin.

- Y las reverendas monjas y novicias no bajan jamas al jardin? preguntó Ojeda.

- A este jamas, - pues ni entrada tiene al

monasterio por la parte de adentro, y no sirve sino para cultivar las flores que llevo yo a la porteria para el adorno de los altares, contesto el hombre.

Pidiole entonces licencia nuestro heroe de entrar a pasearse por el jardin, lo que refuso el jardinero al principio pero al fin lo logro merced a una buena propina.

Como a quel magnifico convento habia sido en un tiempo palacio de recreo de los reyes, los jardines y huertos eran muy espaciosos y cuidados. Las calles y surcos de flores estaban rodeados de floridos y espinosos marismos, y como ya llegaba el fresco de la tarde levantaban su tallo agobiado antes por el calor del dia la bella flor del principe, la de la espada, la adelfa, las llamadas uñas de Leon y de Rorro, el clavel la malvarosa, las campanillas de varios colores y tamanos, la hermosa trompeta blanca, y cien clases mas, cuyas semillas y nombres se ha perdido en la memoria del pueblo, pues en las flores como en todo hay modas

que llegan y que pasan. El aire estaba cargado con el perfume de la alhucema, el retiotropio, el romero, la mejorana, la malva de olor y la dama de noche, que abría sus pétalos al caer el día, así como los suspiros. Aquí y allí veíanse árboles de granado, pinos reales, limoneros, naranjos, membrillos, cipreses, pimientos, acacias, madroños y tantos otros cuyos perfumes embriagaban, y cuyas bellas frutas y flores halagaban la vista.

Manifestóse Ofeda encantado con aquel jardín y por medio de promesas, ofrecimientos y elogios logró que le permitiese el guardián volver à la tarde siguiente. Flirteó así, y estuvo paseando por aquellas alamedas hasta que cayó el día y salió la luna, que plateando todo en su luz puso de relieve aún más las bellezas de él. El jardinero quiso entonces que saliese, pues él pensaba retirarse à dormir, Ofeda resistió à abandonar un sitio que le parecía tan bello, y le dijo que más bien pasaría la noche allí que volverse à la ciudad. El jardinero

le creyó algo loco y llegó hasta tenerle miedo, además el otro le ofrecía pagarle bien si le permitía quedarse allí, - y como tuviese el buen hombre perera de entrar en lucha para sacarle del jardín y verse obligado a llamar gente en su ayuda, determinó marcharse y dejar a Ojeda dueño del campo.

Apénas se vió solo nuestro heroe, - viendo que dentro y fuera del monasterio todo parecía dormido, - cuando quitandose la capa, la espada y el calzado, empezó a poner por obra lo que habia imaginado para darse cuenta de lo que habia detrás de las rejás del noviciado. Agarrandose con las manos de las molduras inferiores subió a la primera hilera de rejás, las que pertenecian, le habia dicho el jardinero, a las habitaciones de las novicias, - empujó las puertas de madera de las ventanas una a una, pero las encontró todas cerradas interiormente, - subió en seguida a las de más arriba sin lograr ver ni oír cosa alguna, - pero aún no se desalentó porque viendo filtrar una tenue

luz por las hendidias de la reja que daba claridad à lo que le habian dicho que era el oratorio se propuso llegar à ella con mil dificultades y peligros, con la habilidad de una ardita y la presencia de animo del acrobata más experimentado. Cuando pudo, llegar hasta la reja que decimos, se agarro con una sola mano de los barrotes de hierro y ayudado por la otra y con los dientes ató una cuerda, que llevaba prevista para el caso, de la reja con una lazada que habia hecho abajo y pasandola en torno del cuerpo pudo entonces hacer uso de una mano para empujar fuertemente los maderos de la ventana, los que estando solo entornados cedieron, y pudo ver lo que habia dentro de aquel recinto.

¿ Cual seria su asombro cuando vió ante sus ojos una capilla que él conocia perfectamente aunque por supuesto nunca habia podido verla? Ricas alfombras entapiraban el suelo; grandes y hermosos cuadros de pintura cubrian los muros y sus marcos

dorados brillaban iluminados por la luz de una lámpara de plata que pendía del techo. Al frente estaba un altar y sobre él una imagen de la Virgen que salía por momentos de las tinieblas y otras desaparecía enteramente ofuscada por ellas. Al pie del altar notó un bulto como de persona que le hizo estremecer...
 ... Atombrado con lo que veía pensó caerse para atrás en su aturdimiento, pues había reconocido la Capilla que viera en sueños en la fortaleza de Santo Tomás, en Haití. Pero recuperando su presencia de ánimo fijó la mirada en la postrada figura y trató de penetrar sus velos..... Un hondísimo suspiro exhaló el bulto y oyó en seguida que decía entre ahogados sollozos:

- Alonso, Alonso! ¿Yo pienso en tí...; me has olvidado? ¿En donde estás, amigo de mi alma?
- Aquí, María, aquí! contestó él temblando de emoción.

Levantóse el bulto como impelido por un resorte, y tirando hacia atrás sus velos se acer-

Tambaleando al sitio en que oyera la voz, descubriendo la bella y palida fisonomía de Maria.

- Maria, repitió él con suavísimo y tierno acento, vuelvo á veros, mi señora, mi vida, mi reina!

Ella se acercó más y mirandole iluminado por los rayos de la luna que brillaba en su rent:

- Alonso! exclamó enternecida.... él es!... al fin le ves, y le he llamado tanto, tanto!

Y juntando las manos le contempló extática, olvidada de todo y sin acordarse que una doncella recatada no mira jamás á un hombre así. El la miraba también y fué su dicha tan grande en aquel momento que quedó recompensado en un instante de todas las pasadas angustias y suprimientos.

- Maria! decía él sin poder añadir otra cosa; Maria!....

- Alonso! repetía ella; y en era palabra ponía toda su alma.

Podrá en este mundo haber dicha igual á la que proporciona un amor puro y mutuo, cuando se tiene la persuacion de que es verdaderamente correspondido? Cuando dos personas

se aman con el alma acaso por que estan ausentes se consideran separadas? No se veian con el espiritu noche y dia y sus pensamientos no se encontraban a todo momento en el mundo ideal en que moraban sus almas?

Al fin, ella, como mujer que era, recupero primero los sentidos y dijo:

- Como habeis llegado hasta aqui, Alonso? ^{Confirmar}

El le explico en pocas palabras como despues de pasar meses tratando de descubrir el sitio de su residencia, al fin habia adivinado que estaba alli, concluyendo con estas palabras:

- Pero decidme, senora de mi alma, en todos estos años de ausencia, no me habeis olvidado; no es cierto? No ha cambiado por ventura ese corazon para su pobre y desventurado paladin?

- Yo variar, Alonso de mi alma! Yo!... Si supierais cuanto he sufrido, cuanto me han perseguido, porque pensando en vos no ha habido castigo que no me hayan impuesto para obligarme a tomar el velo definitivamente y proferar.... es decir poner yo misma el sello a mi tumba eterna

separacion. Pero el pensamiento que vos no me olvidabais me ha sostenido hasta ahora en los ^{mas} amargos trances. Sin embargo, Alonso, hoy ya empezaba à desmayar, os lo confieso, pues ayer estuvo aqui el rey don Fernando à notificarme que à todo trance deberia proferar si no queria incurrir en su real displacer; y antes habrame visitado el Obispo de Burgos, quien me aseguro que vos ya no pensabais en mi.... y aun que era cosa sabida en la corte que obsequiabais à otra dama.....

- Mentira! exclamó Ojeda, mentira, os lo juro, y él lo hacia con intencion, pues bien sabe lo contrario el perverso.

- No habléis tan alto, que nos pueden oir.

- Pero explicadme, Maria, lo que dijisteis al Rey cuando os queria imponer su voluntad?

- Llore, suplique, gemí en vano, no pude ablandarle.... sin embargo ofrecí dar mi consentimiento dentro de tres dias, eso fue todo lo que pude lograr..... Y entre tanto tenia una vaga y loca esperanza de que algo descubriria antes de que se cumpliera el plazo. Esta noche

à la hora de retirarme pedi' licencia de entrar
à la capilla para orar. El coraron me pal-
-pitaba y sentia algo en el aire que me anun-
-ciaba no sabia que'....

- Era mi vecindad, querida Maria, exclamó O-
-jeda, no lo dudeis!

- Así seria; repuso la novicia, - y no podia orar
sino pensaros, Alonso, y en lugar de invocar la
misericordia divina os invocaba à vos..... E-
-ran tan extraños mis sentimientos que aun-
-que me sorprendió vuestra voz hasta el pun-
-to de creer morir de alegria, la aguardaba...

Ojeda entonces emperó à decirle como ha-
-bia llegado hasta allí, y trataba de darle cuen-
-ta de sus parados años cuando se abrió la
puerta de la capilla y presentóse en ella una
monja llamando à Maria para que se retira-
-se à su dormitorio, siendo contrario à las re-
-glas estar fuera de él à esa hora.

- Idos por Dios! exclamó Maria temblando.

- Mañana vendré à la misma hora, respondió
el joven bajando tambien la voz.

- Hermana Maria de los Angeles! gritó la mon-
-ja

viendola, no al pie' del altar en donde habia
pensado hallarla, sino cerca de la reja; que
haceis asomada a' era ventana?

- La cerraba; contestó con debilitada voz la no-
vicia, - y temiendo que la monja se acercara y
viera a' Ojeda antes de que este hubiese tenido
tiempo de bajar, empujó con violencia los maderos.

El joven no habia podido sacar la mano
aun, que tenia metida entre los enrejados de hier-
ro, y los maderos le apretaron la mano entre
los barrotes hasta hacerla casi pedazos... El
dolor que sintió fue tan agudo que estuvo a
punto de dar un grito y dejarse caer abajo, -
pero recordando, con la presencia de ánimo que
le distinguia, que aquello podia perder la re-
putacion de Maria, tuvo valor para no esc-
halar un gemido y deslirase con tiento has-
ta el suelo dejando, sin poderlo evitar, una
huella de sangre por todo el muro y ademas
la cuerda atada en lo alto de la reja.

El suprimiento habia sido tan atroz que
cuando tocó la tierra con los pies y se vio en
salvo se dejó caer largo a' largo entre las flores

casi sin sentido, en donde permaneció hasta que llegó el día, y con el día el jardinero que le abrió la puerta y el tomó el camino de la ciudad casi loco de dolor y con la ensangrentada mano envuelta en la capa.

~~IV~~

Entraba Ojeda precipitadamente en su posada en donde quería hacerse curar la mano, cuando pusieronsele por delante dos hombres que exclamaron al mismo tiempo:

- Estais preso, Alonso de Ojeda, en nombre del Santo Oficio de la Inquisición!
- Por qué? preguntó con debilitado acento, pues la sangre que habia perdido durante la noche le habia dejado desmayado y sin fuerzas.
- Eso os lo dirán si á bien tienen los jueces del santo oficio, contestaronle los corchetes, nosotros cumplimos con llevaros.

Fuele preciso obedecer y seguir á sus captores hasta la prision en donde apenas llegó cayó al suelo moribundo. Acercáronse los carceleros, vieronle la mano despedazada, llegó un médico quien le declaró en tanto pe-

de morir que le llevaron directamente a la enfermería devorado por una fiebre ardiente y sin sentido, de cuya manera, entre la vida y la muerte, duró largos días y ^{semanas} ~~semanas~~.

IV

~~Monasterio~~

Al fin, después de haber sufrido varias dolorosas y sinuadas operaciones, el médico le declaró en convalecencia y le dijeron cual era su crimen. Resultó entonces que hacía muchos días que el tribunal de la Inquisición le tenía puestas espías porque se le consideraba sospechoso con motivo de ciertas declaraciones que había dado el Obispo de Burgos. Notaron, pues, que había seguido al rey Fernando hasta el monasterio de las Huelgas, le vieron conversar y pasearse con el jardinero del convento y a la tarde siguiente dirigirse de nuevo al monasterio, entrar de nuevo al jardín y no volver a salir en toda la noche. A su salida le siguieron y creyéndole ya más que sospechoso los corchetes se habían creído obligados a arrestarle.

En las declaraciones le preguntaron qué significaba su permanencia en el jardín

del monasterio, que era aquella cuerda que se halló atada á la reja de la Capilla de las novicias y la huella de sangre que se veía sobre el muro, - lo que coincidía con la mano herida. A esto Ofeda no contestó nada, sino que dijo se acogería á la proteccion de su Tio el Grande Inquisidor fray Alonso de Ofeda á quien daría cuenta de su conducta. Merced á las consideraciones debidas á tan cercano pariente de un miembro importante del Santo Oficio, en lugar de darle el tormento, como merecía el crimen de haber intentado tener comunicacion con alguna de las novicias del monasterio, - le sumieron simplemente en un calabozo en tanto que se avisaba al tio de la conducta del sobrino.

Sin embargo cuando llegó la orden de fray Alonso para que su sobrino fuese trasladado á Sevilla, en donde pensaba interrogarle personalmente, encontraba nuestro pobre heroe en una situacion

bien precaria: la humedad del calabozo, la pesadumbre de perder para siempre á Maria, pues no se le ocultaba que en adelante la harian sufrir horriblemente y que ya jamas la volveria á encontrar, la obligada quietud de la prision, tan contraria á su temperamento activo y fogoso, la incertidumbre que su situacion causaria á su madre, que sin duda ignoraba que habia sido de él, todas estas cosas unidas le produjeron una cruel enfermedad, en la cual creyó perder el juicio y la vida. Asi no fué sino y a entrada la estacion de invierno que pudieron trasladarle á Sevilla. Allí suprió un interrogatorio solemne, y al fin de él le notificó su tio que merced á su intercesion habianle permitido ponerle en libertad si juraba por su salvacion eterna no tratar de volver á verse jamas con doña Maria, pues no era posible que una doncella del nacimiento y futura destinacion como ella fuese inquietada y per-

- seguida

de una manera tan escandalosa por un joven oscuro como era él.

Ojeda furioso no quiso aceptar semejante condicion, y manifestose tan indomito y audaz, que le sumieron en los más hondos y terribles calabozos de Sevilla en donde pasó muchos meses desesperado y casi loco, - pero resistido siempre á someterse.

Una de las reglas de la Inquisicion era que jamás se publicara la causa del delincuente, que desaparecia repentinamente de la sociedad, sin que se supiese qué se habia hecho, ni sus parientes temerosos de comprometerse tampoco indagaban. Algunas veces se perdian para siempre y nadie sabia jamás qué suerte habian corrido, - otras veces volvian al mundo al cabo de más ó ménos años, pero como tenian prohibicion de revelar lo que les habia pasado, guardaban profundo silencio.

A pesar de todo, dos personas se atrevieron á averiguar por la suerte del joven Ojeda, - una de ellas fué el duque

duque de Medinaceli, su patron, que era su-
ficientemente poderoso para indagar
sin riesgo de hacerse sospechoso la suer-
te de su escudero, - la otra persona que
tampoco tuvo miedo fué la madre de
Alonso; las madres no se detienen ante
ningun obstáculo cuando se trata de
indagar la suerte de sus hijos.

Una y otra recibieron la misma respues-
ta: que Ojeda no corria riesgo de la vi-
da, - que estaba en seguridad, pero que
saldria de su encerramiento cuando él
mismo quisiese, retractándose de ciertos
deceanos de que era reo, cometidos en lu-
-gar sagrado.

En tanto que nuestro desgraciado
heroe vegetaba sumido en los subterrá-
neos de la Inquisicion digamos en po-
cas palabras lo que hacia Cristobal Co-
lon en España á su regreso de su se-
-gundo viaje de descubrimiento. Aun-
-que no fué recibido con las mismas ova-
-ciones por la nacion como sucedió despues

de su primer viaje, - pues el público cam-
 -bia cada día los objetos de su entusiasmo
 -tanto los reyes como la nación en general
 le acogieron con marcada benevolencia y
 no le hicieron reconvención alguna, olvi-
 -dando en aquellos momentos las quejas de
 los envidiosos, cosa que por cierto fue una
 grande merced con el hombre que les ha-
 -bia donado un Nuevo Mundo.

Inmediatamente pidió Colon permisi-
 -so para volver à las Indias y atender
 al descubrimiento de la Tierra Firme, en
 donde esperaba encontrar mayores riquezas
 que las que habian hallado en las islas. A-
 -pesar de la marcada mala voluntad del Obis-
 -po Fonseca, que no escusaba hacer la guerra
 à Colon de cuantos modos podia, la reina
 ordenó que se le dieran inmediatamente
 6,000,000 de maravedis (86,956\$) para equi-
 -par los ocho navios que deberian de entre gar-
 -sele. Pararonse sin embargo las semanas y los
 meses y Colon no recibia nada, pues Fernando
 necesitando de aquel dinero para otros gastos

se lo apropió sin cuidarse de la palabra de Isabel.

Trascurrió el año de 97 y a pesar de la protección de la reina Colon solo obtuvo ofrecimientos y promesas, y esto merced a la exagerada pintura que hacia de las futuras grandezas que en aquellas países no descubiertos le aguardaban para participar selas a España y a sus soberanos. Al fin en mayo de 1498 pudo darse a la vela llevando 6 buques en lugar de los 8 que le habian ofrecido. Sin embargo iba contento porque en aquella expedicion fundaba su más grande esperanza de fama y esperaba ganar ampliamente con qué ganar el voto que habia hecho de libertar a Jerusalem antes de morir, para lo cual, creia él, Dios le habia inspirado el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Aunque parezca una ingratitud con tan noble y verdaderamente grande hombre como Colon no cabe pensar otra cosa sino que las desgracias del Nuevo Mundo provie-

-nen

en gran parte de la manera con que el descubridor inició la colonización de las Antillas, que fue la escuela de los demás conquistadores de America. Temiendo empeño, desde su primer viaje en manifestar á los reyes y á la nación la importancia de su descubrimiento para que le suministrarán recursos para seguir adelante sus conquistas, no se cansaba de ponderar las riquezas que encerraban aquellas nuevas tierras, y en prueba de ello tenía que exhibir comprobantes, arrancando á los naturales, á todo trance, el oro que necesitaba llevar á España. Esto despertó en el colonizador aquella insaciable sed de oro que fue causa de tantas crueldades, motivó la perdición de los naturales y falseó el espíritu de la conquista.

La noticia de la partida de Colon llegó hasta el fondo del calabozo en que yacía el infortunado Ojeda, y este en el silencio de su días y el insomnio de sus noches, le acompañaba con el espíritu, y en su exasperación envidiaba hasta la suerte del úl-

-timo

grumense de los navios, que por lo ménos, podía gozar de luz y de libertad en alta mar.

Pasaron meses, y aunque le hacian preguntas sus captores periódicamente si cesaba en su determinacion de buscar à la noble novicia, Ojeda siempre contestaba que nunca daría una palabra que no podía cumplir ni, ofrecería una cosa que para él era imposible. Sin embargo; quién determinará jamás la graduacion con que los sufrimientos físicos van deteriorando el espíritu mejor templado y determinar el menoscabo que padece el alma que no siente el cuerpo libre? Lo cierto es que en aquel encierro tenia Ojeda momentos de tan profundo desaliento que si entonces le hubieran hecho propuestas de ponerlo en libertad à cualquier precio las hubiera aceptado.

El invierno de 98 à 99 fué sumamente cruel y le pasó entero sin movimiento casi, con escasa luz y grande aislamiento.

al fin un día de Enero, triste, frío y destemplado entró el carcelero à avisarle que su tío el Grande Inquisidor necesitaba hablar con él. Alegróse el misero joven con la idea de salir de su estancia y respirar aunque fuese parageramente el aire de otra pieza ménos triste, y tener alguna noticia de su madre y del mundo exterior.

- Alonso, le dijo el grave Inquisidor, - puesto que te has negado tantas veces à dar tu palabra de no volver à buscar à doña Maria, quiero hacerte otra propuesta más fácil de cumplir.

- ¿Cuál señor? Hablad que muero de impaciencia.... dijo Ojeda con animado acento.

- Embarcarse inmediatamente que estén concludidos los preparativos de una expedicion que debe dentro de poco darse à la vela en el puerto de Santa Maria.

- De mil amores, señor!... Lo dudabais?... Me dais la libertad; no es cierto? pues me siento morir en a quel calabozo.

- Sí, te daré la libertad que deseas tanto con la condición de que no saldrás del recinto de la casa hasta la hora de embarcarse.

- Pero, dijo Alonso volviendo a la realidad de las cosas del mundo, - pero para donde sigue esa expedición?... pues yo tengo compromisos de honor que me impedirán usurparle a Colón el descubrimiento de la Tierra Firme.

- Eras no son cuentas mías, respondió el astuto fraile, bastante hago yo con ponerte en libertad sin tener que entrar a explicarte la ruta que deben seguir los buques en que te embarcarás.... De eso platicarás con el Obispo de Burgos, patriarca de las Indias, el que a pesar de tu ingratitude está pronto a perdonar tu pasada conducta y protegerte nuevamente.

- El perdonarme! exclamó Ojeda, - él que me ha hecho tan crueles males y por cuya orden he pasado tantas angustias; él decir que me perdona!

- Pues si lo tomas por ese lado, dijo el Inquisidor

vuelve á tu calabozo y no hablemos mas.

Aquella horrible idea descorazonó al pobre jóven, pues ya ~~era~~ su mente habia visto la libertad, la luz, la vida, y no pudo resistir al deseo ardiente de volver al mundo.

- Bien señor, contestó humildemente, me rindo y someto, pero sacadme ahora mismo fuera de esta prision.

VI

Al dia siguiente Opeda se presentó en el palacio de Don Juan Rodriguez Fouseca, Obispo de Burgos y Patriarca de las Indias. Al cabo de dos horas de conferencia con el Obispo nuestro heroe salió subyugado y decidido á hacer cuanto este quisiera.

He aqui lo que habia causado esto: la relacion circunstanciada que le hizo del tercer viaje de Colon á Indias. Emperó señalándole las cartas autto'grafas enviadas por aquel descubridor á España, en las cuales ponía de manifesto el descubrimiento de la Tierra-Firme y las costas llamadas de Pa-
-ria.

Enseñóle en seguida el diario del navegante, en el cual con su acostumbrada poesía describía las nuevas Tierras como un verdadero paraíso, hablaba de la abundancia del oro, piedras preciosas, perlas y las especias que se hallaban en todas partes, llegando á tanto el entusiasmo del cándido Almirante, que aseguraba que en aquellos sitios privilegiados no solamente crecían los árboles frutales hasta en la orilla del mar, sino que se veían las ostras pegadas contra los mangles de la playa y abiertas de par en par para recibir en su seno las gotas de rocío, que deberían convertirse en preciosas perlas, según la teoría de Plinio. Decía también que los naturales de Paria eran más hospitalarios, inteligentes, mejor formados, más blancos que los de las islas antes descubiertas, y además que cambiaban con el mayor gusto el oro y las perlas de su tierra por las chucherías de ningún valor que habían llevado de España.

En prueba de que aquello era cierto Fonseca mostró à Ojeda muchos sartales de perlas que Colon habia enviado y gruesos trozos de oro más fino y de más precio y quilates que todo el que antes habian llevado del Nuevo Mundo.

Cuando Ojeda hubo visto y admirado todas estas maravillas del Nuevo Mundo el Obispo dijo: - Pues bien, está en vuestra mano poseer tesoros iguales à estos si os poneis à la cabeza de la expedicion que estoy preparando en parte à mi costa y que no tardará mucho en estar equipada en Cadix.

- ¿Cómo señor, dijo Ojeda, y no es prohibido visitar los parajes descubiertos por Colon?

El obispo le contestó dándole à leer una carta escrita por el rey don Fernando y dirigida al Patriarca de las Indias, en la cual le recomendaba que hiciese los mayores esfuerzos para que se extendiese el dominio español en el Nuevo Mundo; que protegiese particularmente las expediciones privadas de los que quisiesen emprenderlas à su costa, pues el e-

-rario

real estaba muy escaso, con la condicion de no infringir en lo que habian prometido a Colon antes de 1495, es decir que no tocasen en las tierras descubiertas por el ninguno de los subsiguientes descubridores, a quienes se daria carta blanca con la sola obligacion de contribuir a la Corona con el cuarto o el quinto de las ganancias habidas en las expediciones.

A la vista de las comunicaciones de Colon y de las riquezas enviadas de Paria, inflamose la ardiente imaginacion de Ojeda tanto tiempo nutriendose de si misma y sintio correr por sus venas el contagio del entusiasmo y deseo de gloria, de fama y oro que se respiraba en la atmosfera de aquel siglo de aventuras, embriagose con el aire libre del cual habia sido privado tanto tiempo y con las mil locas esperanzas que le asaltaron en aquel momento. Largo rato permanecio callado repasando en su mente aquellas promesas de dicha que le

señalaba su imaginacion, y á las cuales no renuncia el hombre más santo sin un grande esfuerzo; qué diremos de lo que pasó en el palpitante corazon del jóven aventurero que veia ante sus ojos un mundo de encantos como no los habia soñado sino en sus momentos de delirio? Además el astuto Ojeda supo acabarsele de ganar mostrándole en lontananza la suave imagen de Maria, ofreciendo darle aviso de los proyectos de Ojeda y pidiéndole de nuevo en nombre suyo, que no se comprometiese á nada hasta su regreso de Indias, pues le aseguraba que aun estaba libre y pensaba en él.

A principios de Mayo, merced á los esfuerzos de la inaudita actividad de Ojeda ya habia equipado cuatro bonitas carabelas, contratado como piloto á su antiguo compañero en Indias, Juan de la Cosa, y reunido varios caballeros aventureros de familias distinguidas, entre otros un comerciante florentino llamado

Americo Vesputio, quien tuvo despues la usurpada gloria de darle su nombre al continente descubierto por Colon. Asi el 20 de Mayo de 1499, al romper el alba, Alonso de Ojeda se dio a la vela en el Puerto de Santa Maria, y despidio se lleno de entusiasmo y alegria de su madre a quien ofrecio traerle al regreso grandes riquezas y gloria y fama a su familia, sin pensar que "en este mundo nada sucede como lo hemos ideado ni como lo tememos." (Continuara)

Cuadro VII.

1500.

293
101

Las esperanzas de Ofeda.

Alboreaba el siglo XVI, - siglo de gloria y progreso, - siglo estupendo, - pues habiéndose descubierto en embrión durante la Edad Media casi todas las ciencias y las artes hoy conocidas, - en este empreñáronse á perfeccionar y á comprenderse. Si en él se comienza á perder un tanto el espíritu caballeresco que distinguía la edad Media, y escaseaban las heroicas virtudes que se necesitaban para contrarrestar los grandes vicios que causaba el atraso del espíritu humano, - en cambio la libertad y la idea de los derechos del hombre, hacían ya parte y eran el apoyo y vínculo de la civilización moderna en su marcha hacia el porvenir.

En este siglo se debía levantar la bandera de la rebelión contra el catolicismo, encabecada en Alemania por el fraile Agustino que se hizo célebre en la

historia bajo el nombre de Lutero, - otro tanto hicieron en Suiza, Holanda y Francia los famosos heresiarcos Zwingli, Leyden y Calvino, los que aunque causaron tantas guerras y crímenes, también es preciso confesar que de aquellas disputas de la Reforma surgió la religión Católica con mayor brillo y gloria. La reforma ha obligado á los creyentes no solamente á tener mayor fe sino á comprender y estudiar su religión, - porque lo que basta á los buenos y mansos de ánimo, no convence á los espíritus indagadores que ya no admiten, sino después de haber examinado, los motivos que hay para creer.

A los principios del siglo que nos ocupa ya existía Copernico, pero aún no se conocían sus admirables trabajos acerca de las revoluciones astronómicas de los cuerpos celestes, - contemporáneos suyos fueron Tycho- Brahe, Ferrari, Paracelso, Ramus, Fontaglia y otros sabios restauradores de la ciencia, como Janson que puso en

uso el microscopio / que iluminaron el mundo con la luz de las matemáticas, la astronomía, la filología, la arqueología &c. En la misma época comenzaron a establecerse los principios de la meteorología y la química propiamente dicha; la anatomía tomó magnas proporciones y se hicieron interesantes descubrimientos en el cuerpo humano. La ciencia llamada después geología tuvo su origen en aquel siglo en que por primera vez los sabios empezaron a fijarse y estudiar el origen de los fósiles..... Pero no podemos en el estrecho límite de nuestra narración ocuparnos sino muy superficialmente de los grandes descubrimientos y hombres sabios de aquel siglo, que fué la verdadera cuna de cuantos inventos poseemos actualmente, y que vio nacer florecer y morir los hombres más extraordinarios de la historia moderna.

No mencionaremos entre los literatos españoles célebres de aquel tiempo sino á Garcilaso y Lope de la Vega, fray Luis de León, Herrera, Hurtado de Mendoza, los Argensola,

ruvedo, Cervantes, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, San Juan de Dios. Camoëns en tanto llena aún con su fama á Portugal, pais que no ha producido, ni antes ni despues un genio semejante.

En Inglaterra vivieron entonces Bacon el filósofo, Shakespeare, Sidney, Spenser, Walter Raleigh, Marlowe, Ben Jonson y otros literatos famosos. En Francia bastan los nombres de Montaigne, Palissy, la Boëtie, Ronsard, Brantôme, Amyot & para dar lustre á una nacion. En Italia; qué mas gloria que la de Ariosto, Maquiavelo, Galileo, el Farro y Guichardini en las ciencias y literatura? Entre los escultores y pintores á Bandinelli, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Rafael de Urbino, Sebastian del Piombo, el Perugino, Coreggio, Julio Romano, el Ticiano, Veronese, Tintoretto, A. Carracci, Dominichino, Guido Reni y el joyero Benvenuto Cellini.... Entonces vio la luz el célebre Palestrina, cuya música sagrada forma escuela. Tambien son contemporáneos los pintores

Velasquez, Españoletto, Turbaran, Alberto, Durer, Holbein, y en los últimos años de él nació Van Dyck y otros que fueron secundarios y que no nombraremos.

Entre los hombres de Estado que más se distinguieron bastanos mencionar fuera de los que ya hemos nombrado en el curso de esta historia / a los Medici, los Doria, los Montmorency, los Nemours, los Sobieski y tutti quanti.

Aquel siglo del Renacimiento de todo lo olvidado en la oscura época de la Edad Media, fue el de Carlos V°, de Francisco I°, de Enrique IV / de Francia / de Soliman el Grande, de Isabel de Inglaterra y de Mauricio de Nassau.... En fin para concluir esta rápida ojeada diremos que jamás se habían visto juntos en una sola época tantos nombres afamados en las ciencias, las artes y la literatura como en el siglo XVI, ni mayor magnificencia riqueza y poderio entre los reyes, los guerreros y los grandes de las naciones civilizadas de Europa.

Pero, dirá el lector, en medio de tanto esplendor y grandera, y del ofuscamiento de una civilización que se perfecciona, qué puede ser el nombre del oscuro descubridor de algunos sitios salvajes del Nuevo Mundo, como el de Alonso de Ojeda, cuyas hazañas se pierden entre tantos otros, mucho más conocidos e ilustres? Por cierto que su nombre no vale nada por sí solo, si no fuera para nosotros el tipo en que mejor podemos encontrar las virtudes, errores, crímenes tal vez, costumbres y aspiraciones del español de su tiempo, y por eso se nos permitirá estudiarle a fondo sin encubrir sus defectos, ni ocultar sus cualidades. No le presentaremos ni como un héroe perfecto de novela ni tampoco como un aventurero sin ley ni principios, sino, repetimos, solo como la encarnación del espíritu de su época.

11.

El viaje de Ojeda a Tierra Firme

había sido desastroso, y después de tantos sueños dorados y locas ilusiones no obtuvo en resumidas cuentas nada digno de mencionarse. El único descubrimiento de alguna importancia de que pudo preciarse en aquel viaje fué el de haber arrebatado al lago que los indios llamaban de Coquibacoa y que él bautizó de Veneruela (por que sus habitantes edificaban entre el agua como los de Venecia) lago conocido hoy, con el nombre de Maracaibo. Además siguiendo la pendiente de sus deseos de llevar algun botin, y viendo que en aquellas costas de Tierra Firme no encontraba las riquezas que aguardaba, se dirigió a la Española y olvidado de sus buenas intenciones quiso infringir las ordenes de la Reina, y después de un altercado con un delegado de Colon, hizo se a la vela hacia otras islas y se apoderó de gran número de indigenas que llevó a España

para venderlos como esclavos. Entre los pocos obsequios que logró el pobre Ojeda llevar á su madre estaba una india muy hermosa de Coquibacoa, que habia bautizado con el nombre de Isabel, así como otro indio hermano suyo á quien llamaba Martin.

Después de visitar á su madre, Alonso se dirigió á Burgos á dar cuenta al Obispo del mal éxito de su expedición, pues una vez pagados los gastos apenas pudieron repartir 500 ducados entre mas de cincuenta personas que tenían parte en la empresa. Sin embargo no se crea que estuviere desalentado, - al contrario, - el espíritu aventurero bullia en él, y tenía empeño en volver á embarcarse y seguir en el Nuevo Mundo sus emperadas descubrimientos, pues parecia que este hombre más valor, audacia y constancia manifestaba mientras mas contraria le era la suerte.

Aunque el Obispo le recibiera al principio con frialdad pues el mal éxito es defecto de muy mala nota entre gentes del carácter de Fonseca, bien pronto con su natural perspicacia comprendió que aquel joven no era ya el mismo que tanto le había importunado con sus locas pretenciones años antes, y que era muy propio para seguir adelante sus proyectos, habiendo madurado su genio au-
-daz, y perdido en los vaivenes de la vida, aquella delicadeza de sentimientos que a sus ojos le inutilizaba.

Efectivamente nuestro Alonso de Ojeda había perdido muchas de sus cualidades y había cambiado y dañado su carácter. A los veinte y nueve años no es de extrañar que no tuviese la pécocidad candorosa del niño que por primera vez vimos en la fortaleza de Takara, ni la ardiente fe y amor abnegado del adolescente de Granada, ni la nobleza de sentimientos del joven que rehusaba, casi a costa de su vida, toda acción que pudiese mancellar su honor, - no aunque posea

Todavía muchas virtudes heroicas, las más delicadas y puras se habían gastado en el contacto de la ruda vida que había llevado entre aventureros sin ley ni Dios.

Es verdad que todavía reinaba en su alma la imagen adorada de Maria, la reina del Cielo, y de Maria la amada de su corazón, pero aquellos amores se habían humanizado por decirlo así, y perdido mucho de la poesía de su primera edad. No en vano se nutre el hombre en deseos ambiciosos, pues si al principio cree que lo que anhela no es sino la puerta por donde debe entrar a otra mansión más pura, en seguida va perdiendo de vista el objeto principal y toma lo visible y lo material por la causa primera hasta olvidar el más allá que en un principio anhelaba conseguir.

Ah! no hay nada más triste y desalentador que el estudio del corazón del hombre en sus transformaciones y cambios, siempre de bueno en malo, y de malo en peor! Y al pintar la cambiante faz del carácter de O-
-jeda

que no se nos tache de exageracion e inverosimilitud, pues tenemos seguridad de que cada uno, en el estrecho circulo de sus relaciones, - aùn en esta época tan impropia para alimentar ciertas ideas de ambicion, - ha tenido ocasion de estudiar por lo ménos à uno ò dos de sus conocidos cuyo caracter ha sufrido modificaciones bajo el soplo de la codicia ò de los deseos ambiciosos de la politica. Asi, este deterioro del alma en un español aventurero del siglo XV y XVI nada tiene de raro ò extraño, y mucho ménos es contrario à la verdad psicológica.

Como decíamos el patriarca de las Indias al descubrir en Ojeda el jefe audaz y sin mayores escrúpulos, el joven ambicioso y de grandes talentos militares y conocimientos nauticos, aguilatados por la experiencia, sin los defectos que habia procurado corregirle sometiéndole à las prisiones de la Inquisicion y despues infundiendo el amor al oro y à la fama

el obispo se manifestó con él sumamente condescendiente y le aseguró que aunque aquella vez le había ido tan mal en su viaje, esperaba que en la próxima expedición tendrían mejor éxito todos sus deseos, - añadiendo que ejercería su influencia con los reyes para proporcionarle lo que deseaba á perar del constante mal estado de las finanzas reales.

III.

Cuenca, ciudad de casi 8,000 habitantes, capital de provincia y Obispado, - está situada en la confluencia de dos ríos y en la falda de un cerro, y circundada por varias alturas que la dominan, - así porque se ve desde lejos como si estuviera edificada en una cuenca es que probablemente le viene el nombre.

A la salida de la ciudad y fuera de sus muros veíase en el primer año del siglo XVI una casa de campo, de vetusta arquitectura y pobre apariencia. Los productos de la propiedad se componían solo

de plantas aromáticas como salvia, manzanilla, espliego y otras yerbas de la misma laya, que se vendían para aplicaciones medicinales: además, el dueño de aquel terreno había dejado una parte de él, la más pedregosa é impropia para el cultivo, á la disposición de una manada de cabras y ovejas. Olvidaba las colmenas situadas en la parte de atrás de la casa, cuyas abejas mezcladas con las flores de las plantas aromáticas que tenían tan cerca, producían miel tan exquisita que era afamada en los contornos.

Esta era la casa solariega de la familia de Alonso de Ojeda, en la que vivían entonces pobremente, aunque sin padecer escaseces, su madre y un mozo de poco más de 20 años llamado Pedro, sobrino de Alonso é hijo de un entenado de su madre. Este joven había servido desde niño en las galeras del rey en el Mediterraneo, pero habiéndose enfermado volvió á España y hacia algún tiempo que acompañaba á la viuda de su abuelo y le ayudaba á administrar sus poco productivas propiedades.

Una mañana de invierno del año de 1502, -entanto que soplabá un viento helado que descendía mugiendo de la vecina sierra y la lluvia fría cubría como una gasa todo el paisaje, - un grupo de personas estaba á la puerta exterior de la quinta de que hablamos, y todas las que lo componían, sin cuidarse del viento y la lluvia, miraban con interés hacia el camino real, por el cual veían venir algunos hombres acaballo. La persona que se había palido mas fuera de la puerta, apesar del frío, era una señora de cerca de cincuenta años, de dulce y apasible fisonomia que llevaba el nombre de doña Ana, y era la madre de Alonso; á su lado estaba Pedro, el nieto de su difunto marido, mozo de amable fisonomia cuyas facciones, un tanto toscas, agradaban en su conjunto. Detras de los amos veíanse dos personas cuyo tipo era enteramente diferente y cuyo vestido y aspecto humilde estaba probando que eran esclavos, pero esclavos indianos y no moriseos ni africanos como los que siem-

-pre

habían usado en España. Uno de estos era un muchacho de catorce años, color cobrizo muy marcado, ojos sesgados, pequeños, negros y brillantes como cuentas de arabache, y mirada salvaje y acustadiza que causaba una sensación de desagradado. Calale sobre el cuello una lãcia, abundante y lustrosa cabellera negra, que parecia melena de algun animal silvestre. El indiecillo temblaba de frio, porque su vestido no consistia sino en una camisa y calzones de lienzo bruto y sandalias de cuero bruto. A su lado apoyada una mano sobre el hombro de su compañero estaba una muchacha de poco mas edad y de la misma raza: aunque mas bien pequena que grande, su talle esvelto y erguido y sus bien torneadas formas la hacian parecer mas alta de lo que era. Mas blanca que su hermano, llamaban en su fisonomia la atencion particularmente sus negros y cargados ojos que tenian la forma mas perfecta del ojo humano, pero tan recargados los parpados

M6

de pestañas largas y crespas que su peso la obligaban casi a cerrarlos, lo que la daba una expresión de extraña y misteriosa dulzura. El resto de sus facciones, sin ser mal formadas no ofrecían ningún rasgo característico: los labios eran delgados, los dientes blancos, la frente baja, y la barba recta y cuadrada lo que la daba cierto aire de resolución y firmeza que hacía contraste con la dulzura soñolienta de su mirada. Llevaba un vestido de tela de color oscuro sin mangas y descotado, y debajo una camisa de manga corta pero de cuello. Los brazos cubiertos con sortales y brazaletes de cuentas. Tenía el pelo suelto y peinado hacia atrás cayendo como un velo hasta la cintura, prendido una banda de plumas menuditas que la rodeaba la cabeza en forma de diadema.

Cuando el grupo de personas a caballo llegó a la portada de la casa que estaba sobre el camino, el que iba adelante se detuvo: imitaronle los otros dos.

- Es Alonso, es Alonso! exclamó doña Ana alborozada.

- Es el Capitan! murmuró la india abriendo los ojos de par en par y dejando escapar una mirada luminosa á la par que tierna, apretó maquinamente el brazo de su hermano mientras que apoyaba la otra mano sobre su palpitante corazón.

- Es el amo! dijo el indio y elevó en su hermana una mirada iracunda y al mismo tiempo se apartaron sus labios contraídos por una sonrisa de desprecio y de rabia.

Corrió Pedro á recibir á su tío, manifestando la mayor alegría, y ayudándole á descabalgarse le apretaba una mano entre las suyas; é indicándole á los criados del Capitan adonde debería llevar los caballos, se dirigieron ambos á la casa, á cuya puerta Alonso halló á su madre, la que abrazó después de haber recibido humildemente su bendición, y con ella se dirigió á un aposento en que estaba preparado un gustoso refresco para el viajero. Hasta entonces no

echo de ver Ojeda que le habia seguido la india y aguardaba humilde que se acordase de hablarla.

- Vive Dios! exclamó entonces volviéndose á ella, y alargandole una mano que recibió ella de rodillas y besó reverente, - no te habia visto nunca Trabelilla tan bravamente ataviada!

- La muchacha no piensa sino en ponerse plumas y adornar su cuerpo con sartales de cuentas! dijo la madre de Ojeda con severidad.

- Cosa natural de su raza y de su edad, - respondió Ojeda, - pero fuera de eso; qué tal se han manejado vuestros esclavos madre mia?

- Son muy variables. La muchacha es sumisa e inteligente, como te he dicho ántes, - pero es muy caprichosa y no aprende si no lo que le gusta, - el hermano es disimulado, le repugna mucho el oficio y es muy trabado de lengua: ambos quieren volverse á su tierra, aunque han aprendido á cesar algo y ya no aprueban las abominaciones de su raza.

En tanto que hablaba doña Ana Ojeda había recibido el homenaje del otro indio en silencio.

- ¿Como es esto? dijo Alonso mirando con sorpresa á la turbada india que bajaba los ojos; Por ventura Isabel no te acomodarias en casa de mi madre?

- En vuestra casa, mi amo, me acomodo; no sois mi señor? pero.....

- ¿Qué te falta?

- Señor en Coquibacoa yo era hija del cacique, - respondió ella con cierta dignidad, y añadió: en cuanto á mi hermano no se puede enseñar á servir á otro que no sea su jefe, es decir al que le tomó ~~por~~ cautivo, á vos y solo á vos.

- ¿Y tú?

- Yo aguardo las ordenes de mi amo, y solo quiero lo que él me mande.

- Me sorprende sobre manera, exclamó Ojeda, lo mucho que ha adelantado en el castellano Isabel!

- Es vuestra lengua, mi amo, - respondió ella sencillamente.

- ¿Coriano y o' Martin tambien habla como tu?

- El poco sabe, pero entiende bien.

- Dime, dijo Opeda dirigiendose al indio que habia cruzado los brazos con humildad y situandose detras de su hermana; ¿Desearias mucho volver a Coquibacooa?

- Si, oh! si! exclamó Coriano levantando repentinamente la mirada y fijandola en su amo con intensa alegria.

- Bien, pues, yo parto para las Indias en breves dias y te llevaré conmigo, - me servirás de interprete.

- ¿Y yo? preguntó la india con angustia.

- Tu te quedarás en Cuenca con mi madre a quien servirás durante mi ausencia.

Isabel dejó escapar un tenue suspiro y bajó la cabeza sin replicar, y al mismo tiempo casi sin cambiar de expresion empezaron a bajar por sus mejillas gruesas lagrimas que se sucedian unas a otras como las gotas de lluvia de un aguacero tropical.

- Pobrecita exclamó Ojeda, acercándose, y poniéndole la mano sobre el hombro, - añadió: no te aflijas, escúchame Isabeli-lla, - yo te traeré lo que quieras de tu tierra a mi regreso.

A pesar de estas palabras de Ojeda la india no se consolaba, el añadió entonces:

- Si te hacen falta tus parientes no dudes que los traeré a España si así lo deseas; ¿húe más te puedo ofrecer?

- Yo también quiero irme a Coquibacoa! contestó la india con entrecortada voz:

- Eso sí no puede ser, repuso él apartándose con ademán severo.

Isabel más y más conmovida se cubrió la cara con las manos y prorumpió en dolorosísimos sollozos.

- Jamás, ni cuando salió de su tierra la vi tan afligida, repuso Ojeda volviéndose a su madre, y dirigiéndose otra vez a la india añadió: dime, esta tristeza me da en qué pensar; dime, por ventura no te tratan bien en esta casa?

- Si, mi amo, doña Ana es muy buena.

- ¿Entonces quié te falta?

- Quié me falta! exclamó ella serenándose repentinamente..... Vos os vais y yo me quedo; y me preguntais quié me falta?

Ojeda desvió los ojos impresionado por la ardiente mirada de la india, y dijo volviéndose a doña Ana:

- Esta muchacha está todavía muy salvaje, - os suplico, madre, que no os causeis de ella.

- Señora, exclamó Isabel echándose a los pies de la madre de Ojeda, señora decidle que me lleve en su compañía, hacédle por el Dios de misericordia que decís hay en el cielo!

Doña Ana miró a su hijo, pero no dijo nada contestó.

- Levantate Isabel, dijo Ojeda rícidamente, - solo yo puedo juzgar de mis acciones.

(La india obedeció temblando y sin replicar.)

- Te concedo una cosa si me prometes maner parte con cordura y es esta, llevarte hasta el puerto en que me embarcare y hasta donde me ha ofrecido ir mi madre, - más no puedo hacer.

- Vos mandais, yo obedezco, - contestó la india con humildad.

Al decir esto se enjugó los ojos, miró a su amo con indecible ternura y salió del aposento. Encontró a su hermano en el patio, en donde se hallaba desde que Ofeda le había dicho que le llevaria consigo a las Indias, y olvidando el frio y la lluvia manifestaba su alegría brincando y bailando ^{y haciendo} ~~con~~ toda clase de muñecas propias de un salvaje.

Entretanto Ofeda se había quedado caviloso y meditabando, - pues estos impetus de la India le disgustaban en cierto modo, porque probaban que ella le tenía un afecto que no debía de haber pasado desapercibido para otras personas. Pero es preciso que el lector me permita volver atras en la

cronologia de nuestra historia y referido lo que le habia sucedido a Ojeda en los ultimos meses transcurridos despues de la ultima conferencia que tuviera con el Obispo de Burgos a su regreso del viaje a Paria.

(Continuar)

IV

Informados los Reyes por Fonseca del caracter de Alonso de Ojeda y desean- do situar un hombre resuelto, intelligen- te y de confianza en el mando de la primera colonia de Tierra Firme se fija- ron en el joven aventurero, y ordenaron al Obispo que le proporcionara los recur- sos que fueran menester. Debian conce- derle el derecho de continuar las conquis- tas por aquellos lados con la condicion de no tocar las pesquerias de perlas de Pa- ria hasta Margarita, y colonizar el terreno de una gobernacion que se le señalaria de Coquibacoa para adelante hasta donde pu- diera llevarla. Ademas se le exijia que de- fendiera con las armas en la mano sus

posiciones contra todo intento de extran-
 -jeros que quisiesen tomar pie' por aquellos
 lados, - cosa que se temia, porque habian
 se visto buques ingleses cruzando por las
 Antillas sin que pudiesen dar una razon
 satisfactoria de sus intenciones.

En los preparativos de la expedicion
 y en buscar asociados que pudiesen pro-
 porcionar el dinero, sonante que se neci-
 sita, pasaronse casi dos años, - y asi no
 fué sino hasta fines de 1501 que pudo
 nuestro heroe considerar hechos los pre-
 parativos y concluidos los equipos de las
 cuatro naves que deberia en jefe.

Pocos dias antes de pasar a Cuenca, en
 donde le acabamos de ver llegar, - Ojeda
 fué a despedirse de su protector el Obispo
 de Burgos.

Durante su conversacion Fonseca se
 sorprendió oyendole hablar por primera
 vez de sus esperanzas acerca de doña
 Maria, y le manifestó la novedad que
 aquello le causaba, porque hacia años

que guardaba silencio con respecto de la noticia y él creía que la había olvidado enteramente.

- No piense su señoría, le contestó Geda, que porque no había hablado de ella en todo este tiempo la hubiese olvidado. No señor! y si me ve vuestra señoría trabajando en estas arriesgadas empresas no es en valde..... espero ganar á su hora fama y riquezas y con ellas el galardón que yo mismo me he ofrecido en recompensa de mis trabajos. Entretanto os suplico que me digais en donde se halla por ahora doña Maria, pues no os pregunto si me ha sido fiel, porque de lo contrario mi corazón me lo hubiera avisado ó de otro modo hubiera llegado á mi noticia.

Inmóvil se el Obispo apesar de toda su astucia y costumbre del mundo y sus intrigas, y permaneció largo rato sin contestar.

- Juro á Dios! señor Obispo, exclamó

Ofeda con su acostumbrada viveza, - que si su señoría no se digna contestar á mi suplica, abandonaré la expedición y el servicio del Rey en las Indias y me iré á otra parte en donde obtenga algo de más lucrativo y ménos fantástico y fábri!

- Si vacilaba antes de contestaros, Alonso, es porque no sabría deciros á punto fijo en donde se halla á la hora de esta doña Maria.

- Y si vuestra señoría no lo sabe; quién podrá decírmelo? preguntó Ofeda! Es confieso que antes de venir á vos la he hécho buscar en todos los conventos de España y de Portugal, y cuando vine aquí era porque ya había perdido la esperanza de hallarla por mis propios esfuerzos.

- La doña Maria no está en España ni en Portugal....

- No está? ...

- No. La infanta doña Catalina, ahora princesa de Gales, que había tratado cuando

nina en la corte de su madre á doña Maria y la habia cobrado afecto, al tiempo de partir para Inglaterra pidió como una gracia que entre las damas que la deberian de acompañar la permitieran contar á la novicia de Huélgas, que ella sabia no estaba allí voluntariamente. Porsupuesto que Sus Magestades se negaron al principio á hacerla esa merced, que era contraria á la etiqueta de la corte, y á las reglas del convento, - pero al fin el Rey obtuvo el permiso y ha días que partió en el séquito de la futura reina de Inglaterra.

- Maldición! exclamó Ojeda sin poderse contener; es decir que estando yo en España se fué Maria lejos de aquí? Y por qué no me lo avisasteis? Señor Obispo, añadió casi fuera de sí, - yo me vengaré de esta falta de consideración para conmigo!

- Reportaos, Alonso de Ojeda! respondió Fonseca amostarado más por la falta de respeto en su tono que por las palabras mismas

del andar aventurero.... olvidais por cierto de una extraña manera vuestra cortesía y aun la prudencia!

- Bien ve vuestra señoría, repuso Geda, que aquel ha sido el blanco de todas mis acciones y la esperanza de toda mi vida.... y no es cosa de sorprender, señor, que sabiendo vos esto no me dierais la noticia antes de su partida?

- Alouso, à mas de poco respetuoso, sois injusto; pero os perdono todo esto en favor de vuestros pasados y futuros servicios,- dijo el cauteloso Obispo.

- Injusto, señor; y por qué?

- Acaso desde vuestro regreso de Paria en las muchas conferencias que hemos tenido, alguna vez me preguntasteis por doña Maria ò hicisteis à ella la menor alusion?

- Es verdad, y vuestra señoría tiene razon! Confieso que en mi loco orgullo pretendia hallarla sin vuestra ayuda ni la de nadie.

- Acaso con saber su suerte hubierais podido cambiarla en lo minimo?

- Salvar no, pero al menos la viera antes de que se alejase para siempre de España, pues bien lo comprendo, ella no volverá jamás, y allá quizá hasta tomará estado.... Oh! ya empiezo á perder la fe hasta en ella y en mí mismo!

Tal decir esto Ojeda inclinó la cabeza con profundo desaliento. Fonseca comprendió que semejante situacion de animo en el que deseaba convertir en su instrumento no le convenia para sus planes, así quiso enmendar lo que habia producido tan mal efecto, diciendo:

- No, dona Maria no tomará otro estado que no sea el del claustro, eso os lo puedo asegurar, y aun ere quien sabe.... Si la dejaron partir con la Infanta fue para librarla de vuestras acechaduras en gran parte, por que ella tuvo conocimiento de vuestro regreso á España y su agitacion e impaciencia llegaron á impresionar de tal manera á las monjas del convento en que estaba que le avisieron á la Reina que la novicia

Tenia un caracter tan variable y rebelde, que deseaban excusarse de tenerla por más tiempo á su cargo.... No sé por supuesto si ella os olvidara al fin, - mucho ha hecho en su condicion de mujer en seros fiel tantos años: bien decia Virgilio de las hembras que eran varium et mutabile semper; pero vos mismo, añadió el Obispo con su sonrisa falsa é hipócrita, por ventura no os habeis consolado con el amor de una india?

- Yo! exclamó Ojeda

- Si, vos, Alonso de Ojeda. En este picaro mundo, amigo mio, no se ocultan sino las buenas acciones, pues nadie tiene interés en propararlas, pero las faltas sobre nada siempre por que la maledicencia es muy voraz - glera....

- Explicaos, por Dios, señor Obispo.

- La verdad es, repuso este, que no ha faltado quien me informe, que vos, á despecho de las recientes ordenanzas de Su Magestad la Reina, nuestra Señora, vos no habeis

tenido empacho en faltar à las reales órde-
nes guardando en vuestra casa una in-
dida esclava, cuyos méritos y hechizos eran
probablemente para vos demasiado em-
belezadores para alejarla de vuestro lado.
Pero advierto que estos rumores pueden ha-
cerse graves y llegar à oídos de las perso-
nas de la corte y aun à los de doña ...

- Teneos, señor Obispo! Teneos y no digais
más si no queréis que os vuelva à faltar
al respeto..... Sabrá vuestra señoría que la
esclava à que alude vive en casa de mi
madre (con un muchacho de su misma fa-
milia) en donde recibe instruccion religio-
sa, pues todos debemos cumplir nuestro de-
ber como católicos y arrancarle al demonio
las almas que tiene en su poder....

- Celebro, amigo mío, dijo el Obispo interrumpiéndole,
que seais tan solícito en obras de
piedad, y añadió con aire malicioso; por
otra parte yo no os culpo en lo mínimo, co-
nozco el mundo y sus tentaciones y no
creo que vos seais más invulnerable que otros.

— Juro por mi honor, señor Obispo, interrumpiéndole diciendo Ofeda, — que la india es mi esclava y nada más.

133

— No os apureis, no os apureis tanto, Capitán, repuso el Obispo con burlesca sonrisa.

— Pero señor, exclamó Ofeda exasperado ¿qué prueba quereis que os de?

— No? ninguna; pero si me atreveria à aconsejaros que no la llevaseis en vuestra compañía en la proxima expedicion si deseais evitar ciertas hablillas que os podrian perjudicar..... Pero ya es hora, ^{de} que dejemos estas conversaciones ociosas y que pasemos à tratar de nuestros asuntos....

Viendo Ofeda que era inutil toda discusion con Fonseca, púsose à leer en silencio los documentos que deberia firmar. Entre otros gustóle mucho una real cédula, en la cual le concedia el Gobierno algunas tierras y encomienda en la Isla Española, en recompensa de los servicios que allí habia prestado.

A pocos dias de aquel en que vimos à

Ojeda en lucena se daba a la vela, despues de haberse despedido tiernamente de su madre y de Isabel, llevando consigo al indio Cochiano o Martin, para que le sirviera de inter-
prete.

La expedicion se componia de cuatro buques: dos de ellos a cargo de Juan de Vergara y Garcia del Campo, que eran tambien dueños de una parte de los equipos, y dos caravelas, llamado la una Santa Maria de la Antigua y la otra Santa Maria de Granada, comandados por Pedro de Ojeda (el sobrino de Alonso) y a cuyo bordo iba Alonso de Ojeda, quien además mandaba en jefe en todas ellas.

— (Continuará)

Cuadro VIII.

La india Isabel y Alonso de Ojeda. 1502.

Hacia dos días que la expedición de Ojeda había salido de Cadix. Empezaba a declinar el día. El Capitán reclinado sobre el borde de su navio veía con cierta tristera desaparecer en lontananza poco á poco las costas europeas de la península Ibérica. A su mente se agolpaban mil vehementes recuerdos y vagas e indecisas esperanzas, cuando sintió un bulto á su lado y oyó un suspiro, casi un sollozo, y al mismo tiempo el bulto se postó á sus piés y una voz harto conocida dijo con tembloroso acento:

— Amo, amo mio, perdon, perdon!
 — Isabel! exclamó él dando un paso atrás, creyendo en el primer momento que era la sombra, el espectro de la india, la que habiendo muerto de pena por su partida, ve-

en espíritu à buscarle, para echarle en cara su abandono.

- No me castigue vuestra merced, - repuso la india (que nada tenia de espectro ni de sombra) perdonad à vuestra esclava, señor, si ella os engañó.....

- Pero cómo te encuentras aquí? preguntó volviendo de su sorpresa Ojeda.

- La noche en que vuestra merced se embarcó, - valiéndome de mi hermano, - vine à bordo oculta entre un barril vacío y desde entonces he vivido en la cala del navio.

- Vive Dios! exclamó el Capitan exasperado, - y agolpándose à la memoria las palabras del Obispo, comprendió que la partida de la india en su compañía daba rason à las calumnias forjadas contra él; Vive Dios! que he de castigar la insolencia de esta india!

Y dejándola postrada en el suelo, le volvió la espalda y se puso à caminar de un lado à otro del navio meditando en lo que debería de hacer en aquel caso.

- Si, dijo al cabo de un momento, - no encuentro

más palida que la de verár de bordo e ir
á dejarla en la más cercana costa.

Oyólo la india, y precipitándose otra vez
á los piés de su amo juntó las manos dicién-
do con angustia:

- Matadme, señor, matadme más bien! Pre-
fiero la muerte á ser alejada de vuestra
presencia....

- Es preciso que te enseñe, respondió Ojeda,
que mi voluntad es la que rije, y que si
no te traía conmigo era por que motivos po-
derosos me obligaban á obrar así.

- Señor, amo mio, bien lo sé que todo lo que
hacéis es bueno..... así la muerte de vuestra
mano me será grata.... pero mientras respi-
re estaré á vuestro lado.

- La terquedad de esta mujer es asombrosa,
murmuró el rey tanto conmovido con el a-
cento de la muchacha, - pero yo debo dejarla
y lo haré.

Apénas hubo oído aquellas palabras cuan-
do Isabel se levantó rápida del suelo y
se abalanzó hacia el borde del navio, con

la intencion de tirarse al mar.

- ¿Qué haces, desgraciada! exclamó Ofeda y agarrandola del vestido impidióle llevar á cabo su propósito.

- Quitarme de vuestra vista, señor, contestó, buscaré la muerte en aquellas aguas, menos dueles que vos, pondré así trégua á vuestro afán y no os obligaré á perder el tiempo haciendome llevar á tierra en donde nadie puede obligarme á vivir contra mi voluntad..... Dejádme, señor, añadió pugnando por deshacerse de él, dejádme morir.... que siendo para duros gusto no me pesará.

- Cálmate Teabel, yo te lo mando.

La india al momento se dejó caer al suelo de rodillas, y sin contestarle permaneció callada é inmóvil.

- No te tirarás al mar? preguntó él.

- Si vuestra merced me permite me permite quedarme aquí en el navio, no....

Ofeda no contestó. Durante aquella corta escena habia pensado que no era

natural detener la expedición solamente para dejar en tierra una india, - demasiado adverso les había sido el viento desde que salieron de Cadix, obligándoles a permanecer a la vista de la costa, sin poderse mover, para desperdiciar la brisa que en aquel momento les era propicia, por una causa tan poco justificable como el de abandonar la pobre esclava en las costas portuguesas, que eran las que tenían menos lejos, y en donde sin duda se perdería ó moriría de angustia al encontrarse entre gentes extrañas.

- Levantate, dijo, y aunque te perdono a tí no haré lo mismo con tu hermano que tan malamente me ha engañado ayudando en tu propósito contra mis espresas ordenes.

- Corriano no es culpable sino por mí, con testó ella, - un jefe como vos no comete injusticias, - castigame vuestra merced a mí que soy la culpable y no a él que es inocente.

Alonso no contestó, -sentíase enternecido ante aquella grande y noble naturalera, y se admiraba que una india salvaje se hubiese civilizado completamente con dos años de permanencia en España, -pues no solamente hablaba ya con perfección el castellano sino que sus sentimientos eran tan elevados cuanto pulcro su lenguaje. Opeda ignoraba tal vez, que lo que más prontamente pule y ennoblece á la mujer es el amor bajo cualquiera de sus formas. Además ¿por qué no la hemos de conferir? el español en su calidad de hombre lo que más le tocaba y enternecía era aquel amor de la india hácia él, creyendo naturalmente que amarle á él era la mayor virtud que podía tener una mujer y la prueba más grande de juicio y civilización que podía dar Isabel.

Así, no solamente perdonó á la india su estratagemma sino que se contentó con echarle una ligera reprimenda á su compli-

lo que sorprendió mucho al indígena que aguardaba algún terrible castigo como los que usaban los españoles de aquellos tiempos. Pero si la lenidad de Ojeda sorprendió al indio, no por eso dejó de tenerle mala voluntad á su jefe, - y al contrario como sentia que debía agradecerle sus buenos procedimientos para con él, - ese deber que adivinaba sin comprender le hacia mirar mal á su protector, y esta fué á sus ojos una falta más, que añadió al odio que le habia jurado con motivo del cariño que le sentia su hermana, cosa para él odiosa y punible tratándose del vencedor de su tribu.

11.

Tocando de paso en las islas Cariaras la expedición continuó su viaje con toda felicidad y llegó á fines de febrero al golfo de Paria. Después de haber rescatado en aquel punto algunas perlas, hecho agua fresca y limpiado y despalizado las

embarcaciones, prosiguieron su ruta con rumbo à la isla de Margarita; en seguida arribaron à una costa tan fértil y hermosa que Ojeda la nombró Valfermoso, - que es lo mismo que hoy se conoce con su nombre indigena de Cumana.

Ya para entonces se hallaban al fin del mes de marzo, y como escaseasen los bastimentos y provisiones ocurriosele à Ojeda un ardid para hacerse à ellas, sin tener que descontentar à sus futuros subditos anebatándoles tal vez contra su voluntad lo que necesitaba; y esto habia de ser sin gastar los pereates en aquellas tierras que no habian de ser suyas, - con tal intento mandò que desembarcasen repentinamente en la cercana costa una partida de los más arrojados de sus hombres de armas y apostándose en los vecinos arcabucos y maleras se echasen à deshoras sobre las poblaciones indigenas que le pareciesen mas abundantes en sementeras y provistas de

alimentos.

Así lo hicieron, y como los desgraciados indigenas intentasen defenderse acuchilláron sin misericordia à gran numero de ellos, consiguiendo con esta mala accion muchas hamacas, utensilios, de varias clases, oro, perlas y gran numero de cautivos de uno y otro sexo. El botin fue distribuido equitativamente entre todos los miembros de la expedición, dejando Ojeda para si unicamente una hamaca, y los miseros cautivos fueron reservados para servir en los trabajos que pensaban plantear en la nueva colonia que había de fundar Ojeda.

Antes de llegar à su destinacion Ojeda resolvió enviar à Juan de Vergara, que comandaba una de las caravelas, en busca de provisiones à la Española, dando-le cita para la costa de Coquibacoa, en donde se le uniria con todos los enseres necesarios para la colonia, que habian olvidado

llevar de España.

Era Juan de Vergara hombre ambicioso y terco, criado en Sevilla entre la servidumbre de un rico canónigo de aquella ciudad. Se había unido á Ojeda y á un Garcia de Campos, comunmente llamado Campo, para hacer fortuna á cualquier costo y sin reparar en medios; - para lo cual embarcó todas sus economías en la expedición, confiando en que en poco tiempo ganaría grandes riquezas para volverse pronto á España á gozar de ellas.

Ojeda prosiguió su viaje tocando en el puerto de los Flechados y en la isla llamada de los Gigantes (1) por haberles parecido los habitantes de ella gentes de una estatura colosal. Encontrando que todas aquellas tierras eran tristes y estériles en demasía pasó sin detenerse por las bocas del lago de Maracaibo y continuó su rumbo, dejando atrás las tierras que despues se llamaron de Venezuela, y al fin se detuvo en las que fueron del Nuevo Reino de Granada, en una hermosísima bahía que llamaron de Santa Cruz (cerca del cabo de la Vela) y que hoy es conocida con el nombre de

(1) La que despues los holandeses llamaron Curacao.

Bahia Honda.

El sitio era bellisimo, el puerto comodo y espacioso, y las tierras circunvecinas fertiles pobladas por naturales al parecer de indole mansa y buena, - en lo cual se equivocaron medio a medio porque aquella raza era la Gogira, tribus de salvajes indomitos, que hasta el dia permanecen rebeldes a la civilizacion.

Lo que decidio a Ojeda a poblar en aquellos lugares fue el haber encontrado alli a un espanol que habia vivido un año entre las tribus circunvecinas y daba muy buenos informes de ellas. Era este un soldado de los de Bastidas, quien le habia dejado en tierra por equivocacion cuando paso por aquel punto en su viaje de descubrimiento. (2)

A pesar de la fama de mansos adquirida por aquellos indigenas, apenas se empezo a talar el monte y trabajar en levantar la fortaleza

(2) Rodrigo de Bastidas era un rico habitante de Triana, licenciado en leyes, que se dio a viajar para buscar fortuna mayor. En 1525 fundo la ciudad de Santa Marta. Fue uno de los pocos conquistadores que se distinguieron por su humanidad con los indios, -

para resguardo de la proyectada colonia, cuando los naturales se levantaron en armas, y atacaron con brío a los invasores.

Ojeda no tuvo dificultad en vencerles e infundirles tal terror que en breve abandonaron toda determinacion de pelear con los españoles, - y no solamente se rindieron sino que volvieron en son de paz con ropas de algodón y varias curiosidades que regalaron a sus enemigos al principio, cambiando sus mercancías despues por cuentas de vidrio, campanillas y otras chucherías de poco valor. El Capitan distribuia los objetos de poco valor entre los suyos y guardaba el oro y las perlas en una arca tridave que tenían para el caso.

Desgraciadamente para nuestro Alonso de Ojeda sus compañeros eran hombres vulgares y mercenarios que no deseaban como él conquistar honores a la par que riquezas, sino que solo se ocupaban en buscar fortuna a cualquier precio, así en breve los jefes tuvieron mil desavenencias, por cuyo motivo sus compañeros le apuñalaron en Santa Marta, estando de gobernador, y murió de sus heridas en 1526.

de las cuales surgió una enemistad muy seria entre el Capitán y Ocampo, que tenía el cargo de inspector real de la expedición, -acabando Ojeda por quitarle la llave que él tenía de la arca de los rescates. Este hombre entonces quiso vengarse de aquella humillación sufrida delante de los compañeros de expedición, haciéndole una guerra sorda a Ojeda entre los soldados.

Aunque al principio parecía que todo andaba perfectamente en la incipiente colonia, poco a poco se empezaron a notar síntomas permanentemente desagradables entre los españoles, que se manifestaban de alentados y descontentos, quejándose sin cesar de lo maltrato de aquel sitio, de la falta de provisiones europeas, de la tardanza de Vergara en volver de la Española adonde se recordará que había sido enviado por Ojeda desde fines de marzo. Además los navios surtos en el puerto empezaban a irse a pique comidos por la bruma que infestaba aquellas costas húmedas y ardientes. Esto, unido al repentino retraimiento de los indígenas, que ya no se presentaban a ninguna hora,

y por consiguiente cesó el sustido de alimentos frescos, exasperó á los españoles, mirados por la mala voluntad de Ocampo, y puso á Ojeda en apretado predicamento. Véase este en la necesidad de salir en persona á buscar comidas con sus mas adictos hasta el interior del pais, en donde hallaba sementeras y provisiones que unas veces arrebatava por fuerza á los indigenas y otras cambiava con los acostumbrados pescates.

III.

Hacia mas de cuatro meses que Alonso de Ojeda habia arribado al puerto de Santa Cruz y siete desde que la expedicion salió de España. Esperaba á amanecer una triste mañana de Agosto: la estacion de lluvias se anunciaba muy violenta, y los aguaceros eran de tal manera constantes noche y dia, que los desgraciados colonos sufrían muchísimo con la continua humedad. Las noches eran tristes y fatigosas por demás, y las pasaban oyendo incesantemente mugir el viento y arrotar el agua sus mal construidos alojamientos, y

bramar sin descanso las olas del mar embravecido que se estrellaba contra aquellas costas inhospitalarias.

Después de una noche de lluvia la luz del naciente día despejó en parte la atmósfera: ya no caía agua sino que esta convertida en humedísima niebla se arrastraba por el suelo, se colgaba de las ramas de los árboles o se reclinaba pererezosamente sobre las faldas de las vecinas lomas; - cosa que producía una sensación desagradable de frío húmedo que hacía temblar sin producir la frescura tan apetecida en las tierras cálidas.

Una á una fueron abriéndose las puertas de las habitaciones y apareciendo al dintel de ellas algunos miseros españoles, palidos, ojiverdudos y cabizbajos. Viendo que había cesado la lluvia salieron de sus casas, y dirigiéndose á lo que llamaban plaza en la proyectada población, y que estaba al frente de la fortaleza (único edificio casi concluido que había) formaron corrillos en los cuales cada uno se quejaba más ó menos

de la noche trascurrida.

- Seguramente el Capitan no ha vuelto aun, dijo uno de los interlocutores.

- No, contestó otro, estas exploraciones son con frecuencia peligrosas y dilatadas.

- Cómo habrían sufrido los desventurados con semejante tiempo! dijo el primero estremeeciéndose, - a nada le tengo yo tanta repugnancia como a esta clase de aventuras.

- Tan sin provecho, en realidad! - añadieron varios.

- Como no; - repuso el primero, si no fuera por esas provisiones frescas, pronto se agotarían las que tenemos aquí.

- Y ahora que habláis de provisiones, dijo un alemán recordete y colorado; ¿quién nos distribuirá la pitanza del día?

- Sin duda el inspector Ocampo, repuso otro.

- No tal! contestó el alemán, me han dicho que el Capitan se llevó la llave del almacén de los alimentos.

- Eso es falso! gritó otro, el Capitan no podía cometer semejante falta!

- Vive Dios! que si así fuera.... dijo uno de los colonos, acercándose al grupo.

- No os fatiguenis, exclamó interrumpiéndole el primero que había hablado, que....

- La verdades, repuso el alemán, sin dejarle acabar, que ha días que oigo quejarse a Ocampo de que el Capitán le quitara la llave.

- Es equivocadois, dijo el primero, - la que le quitó fué la del arca de los pecados de oro y no la del almacén de provisiones.

- Lo cierto es, dijo otro con desaliento, que estas desavenencias entre los jefes las pagamos nosotros pobres soldados.

- Ah! cuan diferente me pintaban este Nuevo Mundo, cuando en mala hora me enganché para venirme! exclamó otro.

- He aquí que viene á nosotros el mismo Ocampo! dijeron varios.

Todos á porfía se apresuraron á salirle al encuentro. Era el inspector un hombre de más de cuarenta años, pequeño, rechoncho, de semblante falso, frente baja, boca delgada y ancha y mirada vaga servil é hipócrita.

- Caballeros! dijo con voz chillonas y cariñosa; tengo la pena de avisaros que habiéndose llevado el Capitan Ojeda la llave del almacén de las provisiones me veo en la imposibilidad de distribuirlos los alimentos del día.
- ¡Cáspita! exclamaron algunos, y añadieron con indignación: esto no se puede sufrir!
- Un día entero sin qué comer! añadieron otros.
- ¡¿Qué haremos? exclamaban todos.
- Contentarnos, repuso Ocampo con sonrisa irónica, con los restos del festín de ayer....
- No se burle vuestra merced de nosotros! gritó un soldado con tono amenazador.
- Pero otras veces, añadió otro, las provisiones han venido de vuestra mano, señor don García.
- Así ha sido.... pero hoy es otra cosa: no tengo la llave.
- Pretenden acasar, gritó el alemán, poniéndose más cojo que una amapola y dando una patada contra el suelo enlodado, - pretenden matarnos de hambre también, además de habernos traído á esta tierra maldita!

- Esta conducta de Ojeda para los límites de la paciencia humana! dijo uno de los oficiales.

- Resignacion, caballeros, resignacion! decia Ocampo con ironia, - el ayuno es meritorio a los ojos de Dios.

- Tanto ayuna quien mal come todos los dias! replico un soldado.

- Basta señor, dijeron varios de los más resueltos rodeando al Inspector, - por las buenas os pedimos que paseis á darnos nuestras raciones, si no quereis pasar un rato desagradable.

- Siento en el alma, amigos míos, no poder contentaros, - pero no teniendo la llave del almacén....

- Por ventura, contesto' uno; no sois vos tambien uno de los jefes de esta expedicion?

- Asi lo habia creido, repuso Ocampo con maligna sonrisa, - pero ultimamente el Capitan Ojeda se ha apoderado de todo el mundo, y parece que yo soy nadie en la empresa.... salvo para tomarse el dinero que di'.

- Y vos lo permitireis, señor? le preguntaron.

- Por ahora no puedo hacer otra cosa.

- Si es verdad que no teneis la llave, dijo el alemán que se habia estado un rato pensativo; acaso no hay en este campamento los instrumentos

necesarios para abrir la puerta que decís?

- Eso no lo podría yo permitir, dijo Ocampo. Cal-
-maos, señores, añadió bajando la voz y los ojos
- con fingida humildad, que pueda ser que esta tar-
-de ó mañana vuelva el Capitan... aguardemos.

- Entre tanto pereceremos de hambre!

- No, no, gritaron Todos exasperandose más y más,
- al almacén! exclamaron despues, al almacén!

Y todos en masa echaron á correr hacia la
- puerta del granero, y en quitame estas pajas se
- apoderó cada cual de una barra, una pala, una
- pica ó una azada, y emperaban á tratar de e-
- char abajo la puerta cuando oyeron una voz:

- Deténganse, gritaba, deténganse y no hagan
- tal!

Y volviendose vieron á la india Trabel que
- salía de la fortaleza alzando en el aire una llave.

- ¿Qué llave es esa? preguntaron

- La de esa puerta, contestó. La hallé en el aposen-
- to de don Garcia de Ocampo.

- ¿Y nos decía que el Capitan se la había llevado!
- exclamaron muchos, volviendose al Inspector que
- habia cambiado de color, y en el primer momento
- de sorpresa enmudeció.

- El Capitan, repuso la india, se la entregó ayer

mañana antes de partir.

- Miente! miente la villana! gritó Ocampo, fuera de sí tirando al suelo la llave que habia recibido maguinalmente, y sin hacer caso de nada sino de su resentimiento con la india ordenó à uno de los alguaziles de campo que por allí habia que prendiesen y castigasen à esa mujer.

Sin embargo estos se hicieron los sordos y no obedecieron; lo que viendo Ocampo atravesó por en medio de la gente que se agolpaba à la puerta del almacén, que ya habian abierto, y se le fue encima à Isabel con la daga desenvainada en la mano y los ojos chispeantes de ira.

- No, no, don García! exclamaron dos de sus amigos, impietándole llegar à la india.

- Dejádme; Vive Dios!... que me he de vengar!

- No haréis tal, señor, repuso uno de ellos, porque bien sabéis que el Capitan no permite que nadie le falte à la india esclava, à quien protege como à las niñas de sus ojos.

Pugnaba aun Ocampo para desasirse de sus amigos y vengar en la india su saña contra Ojeda, así como el mentís dado por ella à su palabra, probando lo embusterero que era tan à las

claras, - cuando vieron acercarse á todo correr á dos hombres que habían salido á recorrer una vecina loma por ver si llegaba el Capitán, los que gritaban desde lejos:

- Una vela! señores, una vela que se dirige á este puerto!

- Una vela! exclamó Orampo, olvidando al momento la india y su merquina venganza, y enviando la daga añadid; será acaso la carabela de Vergara?

- Probablemente, - le contestaron, y sin aguardar más razones corrieron á difundir la noticia entre los otros colonos mientras que Orampo subía presuroso á la cumbre de la fortaleza para divisar desde allí el anunciado navio.

Alegrábase en el alma este mal hombre que llegase su cóprade al puerto cuando el Capitán Ojeda estuviese ausente, para pactar con él la conspiración que meditaba contra su jefe.

IV.

- ¿Para donde va mi amo? preguntó Isabel á Ojeda á la tarde siguiente, cuando este se preparaba para entrar á un bote que le aguardaba á la orilla de la playa, enviado á tierra por Vergara.

- ¿No me ves? contestó Ojeda, - me ha invitado Vergara á su caravela, para que vea las provisiones y demás avíos que ha traído.

- No se ponga vuestra merced en manos de esos nombres, dijo la india con impetu, - el Inspector Orampo y otros y otros de los que no aman á mi amo le esperan allá, y bien lo creo que no es con buenas intenciones.

- No desbarres, Tzabel, contestó Ojeda, - los españoles no somos como los indigenas de estas costas, - ni traicionamos á nuestros compañeros, ni nos tenemos miedo unos á otros.

- Por supuesto que mi señor lo sabe todo mejor que yo, pero estoy segura de que preparan algún crimen.... Orampo es un mal cristiano y no perdona el desaire que le hizo vuestra merced quitándole la llave de la arca de los rescates reales.

- ¡Túñas, Tzabel!... me puede odiar, pero no por eso lo he creer traidor.

- Os hace una guerra cruda entre los vuestros.

- Aunque así fuere, tengo de ir á la caravela ahora.

- Señor, amo mío, no les deis ocasion de poner en vuestra merced sus manos alboras.

- A eso no se atreverian jamas! exclamó Ojeda.
¿No sabes que soy inmune y sagrado à los ojos
de mis inferiores siendo nombrado gobernador por
los mismos reyes? ¿Y si fuesen tan audaces para
atacarme; no tengo acaso mi espada y mi bra-
zo que nadie ha doblegado jamas? Déjate de
ninerias, Isabel, y vete à recoger que pronto será de noche.

Al decir esto el valiente Capitán saltó
en la lancha, y en breves instantes la india le
vió alejarse y llegar al costado del navio, subir
à él y desaparecer bajo el entrepuente en union
de varios españoles que le salieron à recibir
con señales de respeto.

Desde el sitio en que estaba Isabel no
podia oir lo que se decia en la caravela de Ver-
gara ni distinguir à las claras à los que se pa-
seaban por sobre cubierta. Pero de repente le pare-
ció que oia voces altas y destempladas y el cui-
do de una pñca que duró apenas algunos momen-
tos, - quedando en seguida la caravela en tan per-
fecta quietud que la india llegó à pensar que
nada habia sucedido y que lo que creyó oir era
efecto de su aprehension no más.

Sin embargo llegaron las primeras

sombras de la noche y Ojeda no volvía a tierra. Atracaron, de regreso del navio, varios oficiales que estaban presentes allí cuando llegó Ojeda, y aunque la pobre india hubiera deseado preguntarles por el capitán no se atrevió a dirigirles la palabra temerosa de que la insultasen, como le sucedía con frecuencia cuando estaba ausente Ojeda, quien la protegía en toda ocasión, pero a quien ella no se atrevía a quejarse del maltrato que la daban todos por lo mismo que el jefe la consideraba. Envidiabanla los indígenas y odiabanla los españoles, por consiguiente su existencia era frecuentemente muy amarga, pero ella todo lo daba de barato en cambio de poder servir a su amo y verle diariamente: esa era suficiente dicha para ella y le bastaba y compensaba ampliamente de todos sus trabajos y penalidades.

Al fin cerró la noche completamente y como no hubiese luna, y la atmósfera estaba opaca, dejándose ver apenas algunas estrellas por entre las rasgadas nubes como sombras de ellas mismas, Teabel ya no distinguía la caravela sino como un bulto negro en medio de las

movientes olas, - bulto inmóvil y silencioso que nada le decía ni la revelaba lo que sucedía en su seno. Después de haber aguardado con angustia más de una hora desde que cerrara la noche, la india, que no dudaba que le hubiese sucedido alguna desgracia á su amo, se fue á buscar al único ser que la protegía y amaba en el campamento: á su hermano Coriano.

Contóle lo que habia visto y le confesó sus aprehensiones y temores, usando del sonoro y suave idioma goagiro tan enérgico y propio de su raza valiente y varonil.

- ¡Ho! hermana mia, - contestó el otro en la misma lengua; ¿te importan las querellas é intrigas de nuestros crueles amos, que son siempre tan duros y descousiderados con nosotros? Déja al amo preso á manos de sus compañeros, pues nosotros no podemos salvarle, - y aprovechemos esta circunstancia para atravesar la sierra de Spapa é irnos á nuestra tierra, á nuestra Coquibacoci en donde nuestros padres son aún soberanos.

Isabel no comprendió de todo aquello sino que Coriano le decía que el Capitan estaba preso.

- Es decir, exclamó, que tu sabes que el Capitán está de veras preso.... Pues yo no lo aseguro, sino que apenas lo temo.
- Yo no lo temo, contestó el indio, sino que lo sé.
- Tu!... y eso cómo?
- Habiendo pasado esta mañana a la caravela del Vergara a un mandado del Capitán, mientras me despachaban estuve oyendo hablar al Oram-po con otros de que si lograban que don Alonso fuese al buque, fácil sería apresarle y encadenarle. Ellos pensaban que yo no les entendía....
- Desgraciado! repuso Isabel; por qué dejaste pasar el día sin decármelo?
- Yo conocía tu debilidad respecto del amo, y sabía que si te lo avisaba el proyecto no se llevaría a cabo, así, buen cuidado tuve de ocultártelo.
- ¿Qué motivo tenías para querer tan mal a un amo tan bueno?
- Mi motivo era obligarte a ir conmigo a nuestra tierra.... yo solo me hubiera huido hace tiempos si no fuera porque temía dirtelo entre extraños.
- Y creías, indio menguado, gritó Isabel enfurecida, que yo sería tan ingrata y desagradecida que me salvaría dejando al amo en manos de sus enemigos?

- Me llamas indio, tú, hermana mía! ¿que es la palabra de mayor insulto entre los españoles, y tú dime; que eres entonces?

- Yo soy la sierva, la humilde esclava de Alonso de Ojeda, que daría su vida por él con gusto. Oh! amo mio! exclamó tirándose al suelo con salvaje desesperación, amo de mi corazón; porque te hacen sufrir esos miserables?

- Amancay, Amancay! dijo el muchacho tratando de levantarla y apaciguarla.

- Mi nombre es Isabel! respondió la india reparándose de su hermano precipitadamente y hablando en castellano. Amancay es nombre indiano, - él me bautizó Isabel, y solo así quiero que me llamen.

- Escúchame, pues, Isabel, - respondióle el indio en su propia lengua y con acento de tristeza; No entiendes acaso que nosotros, pobres y malhadados cautivos, nada podemos hacer para salvar al amo, a quien piensan llevar encadenado a España? - No sería mejor dejarles a todos ellos e irnos a buscar a los nuestros?

- Dices bien, Coriano o Martin, contestó la otra con fingida serenidad, - dices bien, - vete tú,

abandona á tu amo porque lo ves en des-
-gracia, - esa es tu misiow, - en cuanto á mí
no tengo ya hermanos... voy á buscar al
único ser que amo en el mundo, á vivir
á su lado ó á morir con él.

Al decir esto Isabel echó á correr pre-
-cipitadamente hasta llegar á la orilla
del mar, - y aunque estaba sumamente
oscuro se tiró al agua y se puso á nadar
con la facilidad de un pez, dirigiéndose
al navio de Vergara, que se veia negrear
en medio de la bahia en donde estaba
anclado.

~~Continuara el cuento~~

Continuara el proximo cuaderno.